

Colectivo Simbiosis Cultural
Colectivo Situaciones

De chuequistas y overlockas

Una discusión en torno a
los talleres textiles

RETAZOS



tinta
limón
-EDICIONES-

De chuequistas y overlockas

Una discusión en torno a los talleres textiles

Chuequistas se les dice a quienes trabajan en la máquina Recta y recién están aprendiendo a hacerlo, por eso, en lugar de salirles una línea recta, les sale una chueca.

Generalmente son las mujeres quienes manejan la máquina Overlock, más que nada por el sentir machista, porque quienes mejor ganan son las personas que trabajan en la Recta, en su mayoría hombres.

Es por eso que pusimos overlockas en femenino.

De chuequistas y overlockas : una discusión en torno a los talleres textiles / Silvia Rivera

Cusicanqui ... [et.al.]. - 1a. ed. - Buenos Aires : Tinta Limón, 2011.

104 p. ; 14x10 cm. - (STL; 2)

ISBN 978-987-25185-7-8

1. Industrias Textiles. 2. Condiciones de Trabajo. I. Rivera Cusicanqui, Silvia

CDD 331.2

Diseño de tapa: Martín Vega

Interior: Ignacio Gago



2010, de los textos y de la edición, Tinta Limón y Retazos

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo-conversación | 7

Teoría del agua sucia

Diálogo con Silvia Rivera Cusicanqui | 17

Anexo

Entrevistas a José “Gringo” González,
Gustavo Vera y Alfredo Ayala | 35

Un diálogo en espejo | 55

Del taller clandestino a la ocupación de Plaza Flores

Entrevista a Delia | 57

El taller y la clínica: una maquinaria articulada

Entrevista a Geraldine | 83

El taller y la fábrica: conveniencias y diferencias

Entrevista a René | 93

Manifiesto Ch’ixi | 99

Prólogo-conversación

1.

Esta publicación forma parte de una investigación entre el Colectivo Simbiosis Cultural y el Colectivo Situaciones en torno a los modos en que la vida común se resiste a ser restringida y gobernada por medio de mecanismos como el racismo y el uso fijo y reaccionario de las fronteras y las identidades culturales. Como tal, se trata de una investigación siempre abierta y política. Abierta porque sigue su curso, y porque el conocimiento que se pueda ir produciendo es interior a las formas de resistencia de las que surge. Y política porque se propone cuestionar el sistema de producción de jerarquías en el mundo del trabajo y de la migración en el cual están comprometidos diferentes actores políticos y económicos de diversas nacionalidades.

Esta segunda coedición entre Retazos y Tinta Limón retoma los efectos del paso de Silvia Rivera Cusicanqui por Buenos Aires para presentar *Chi'xinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Fue entonces que nos

convencimos de la necesidad de profundizar el encuentro entre su perspectiva y nuestra tarea.

Uno de los problemas a la hora de investigar en el ámbito de los talleres textiles atañe al modo de compartir públicamente la complejidad de las diferentes situaciones que allí se suceden. Habitualmente sumidas en un angustiante silencio, o bien presentadas como caricatura mediática (sea para defenderlas, sea para denunciarlas), el tratamiento del conflicto que estas economías implican queda continuamente confiscado, preservado de toda contaminación con otras formas de problematización y politización.

En este libro incluimos en primer lugar una conversación colectiva con Silvia y, como un intento de comprender algunas de las dimensiones más complicadas de la economía del taller, hemos agregado un apéndice con fragmentos editados de entrevistas, realizadas por el bloque *Clinamen* (del programa *La mar en coche*, radio *La Tribu* y posteriormente publicadas en el sitio www.no-olvidamos.org), en las que exponen sus razones el ex Cónsul de Bolivia en Buenos Aires José “Gringo” González, Gustavo Vera, referente de La Alameda y Alfredo Ayala, dirigente de ACIFEBOL. Esta primera parte del libro se cierra con un texto que reflexiona sobre la función-espejo que pueden tener ciertas voces sobre nosotros.

En la segunda parte asumimos la exigencia de relatar de modo directo algunas de nuestras experiencias. Tomar la palabra es tomarnos en serio a nosotros mismos. A nuestros miedos y frustraciones, a nuestros anhelos y deseos, a nuestra desesperación y nuestro coraje.

Es importante contar, que otros se animen a contar y a no quedarse callados. Escuchar contar tu propia trayectoria tiene algo de liberador, es un modo de no seguir avalando o silenciando toda esta cadena de explotación.

Con ese propósito realizamos una serie de entrevistas a compañeras y compañeros que relatan, a partir de su experiencia, los momentos centrales de la vida del taller: la servidumbre laboral directa, las formas de administración de la salud que muestran la extensión de ciertas estructuras de poder (como son la mayorías de las radios y las clínicas para bolivianas/os), y las tentativas de resistencia de las y los trabajadores costureros.

Finalmente, publicamos un texto-manifiesto del Colectivo Simbiosis Cultural sobre la vida en la ciudad como experiencia ch'ixi: composición manchada del trajín cotidiano en una urbe abigarrada.

2.

En la conversación que aquí publicamos Silvia interpreta las trayectorias de las y los migrantes de Bolivia hacia Argentina y el funcionamiento del taller textil de un modo crudo. Por empezar, no lo condena. Al mismo tiempo que su argumentación parece ser comprensiva de las relaciones de explotación que lo organizan, la descripción de su lógica habilita la posibilidad de hacer otro tipo de crítica. De allí la contrariedad e incomodidad que generaron entre nosotros sus palabras.

Pero en ningún caso esto nos podía llevar a la resignación con respecto a las injustas situaciones vividas en los talleres. Es nuestra propia experiencia

con este mundo, y la de una cantidad enorme de personas como nosotros, la que nos rebela. Y es esta indignación la que nos mueve a tomar muy en cuenta toda la complejidad de observaciones que hace Silvia, que tienen la virtud de poder describir muy bien, incluso desde lejos, las ambigüedades y matices de estos procesos.

La realidad de los talleres, desde la perspectiva de Silvia, nos generó sentimientos encontrados. Sobre todo, bronca y pena. Por un lado, porque reconocimos allí la forma de pensar de muchas y muchos que vienen a trabajar a los talleres (que también fuimos nosotros mismos, nuestros conocidos y parientes), pero esta vez formulada incluso como “fundamentación teórica”. Por otro, porque sentimos que era necesario confrontar sus percepciones con lo que nosotros hemos vivido acá, con lo que sabemos que pasa dentro de los talleres.

A Bolivia suelen regresar a narrar los propios talleristas, que van a ofrecer trabajo y a solventar fiestas. Y si vuelven las y los costureros, nunca dicen si sufrieron o no sufrieron, o en qué condiciones trabajaron en los talleres, muchas veces por vergüenza y para que la misma familia no llegue a enterarse de lo que les está sucediendo.

Silvia, por ejemplo, dice que las y los costureros no se someten simplemente sino que saben que “tienen que pagar su derecho de piso”. Sabemos que en Bolivia se usa mucho este concepto, pero es distinta la realidad del trabajo allá de lo que es la de acá. O sea: como inmigrantes, la explotación que nosotros sufrimos es mucho más jodida que la explotación normal, en tu propio país. Por muchas razones: porque

no tenemos documentos, porque no conocemos el lugar, no sabemos las leyes que nos corresponden ni cuáles serían en realidad nuestros derechos. Además, no conocer a nadie ni saber cómo moverte en la ciudad te obliga a cerrarte y a encerrarte; en fin: a aceptar todo lo que te digan tus patrones.

Nos sirve mucho empezar a entender lo que significa este *diferencial de explotación*. Las condiciones en las cuales se trabaja y se vive no son tan buenas como uno se imagina antes de migrar.

Nos decidimos a trabajar sobre esta conversación, a difundirla, ampliarla y complejizarla, porque es un reto, porque mucho tiempo decidimos negar esas formas de pensar que sin embargo tienen un peso muy grande en la realidad creciente de los talleres. Por eso también discutir esto nos produjo dolor: duele porque ves frente a tus ojos algo que uno, que se cuestiona un montón de cosas todo el tiempo, no se atreve a decir ni a decirse tan directamente...

Decidimos así meternos en el corazón del idioma que se habla en los talleres: ¿qué se dice cuando se dice “derecho de piso”? ¿qué tipo de mezclas se dan entre formas de poder y relaciones familiares en un taller?, ¿qué significado adquieren la tradición comunitaria y todos sus saberes cuando son empleados dentro de una dinámica de sobreexplotación, hacinamiento y maltrato?

Ese lenguaje está sometido a las relaciones de poder que modelan el mundo del taller. Lo que está en juego es la posibilidad de abrirle nuevas significaciones: conquistar dignidad, buscar alternativas, sin tener que renunciar a él.

3.

La cuestión además no puede plantearse como un problema de bolivianos, ni de la cultura boliviana en la Argentina. Este es el enfoque de quienes, en Argentina o en Bolivia, se benefician con esta maquinaria de explotación que sólo funciona separando a las personas por sus nacionalidades. La realidad es otra: la mixtura que vemos en los barrios, en las ferias. Nuestro reto, de nuevo, es lidiar con ese mundo abigarrado del que habla Silvia. Lo ch'ixi somos todos nosotros y nuestras vidas.

Cuando Silvia dice que el contrabando es una realidad que hay que saber tratar y no intentar reprimir, no podemos dejar de pensar en la cultura del comercio informal entre nosotros. El ejemplo evidente es el de La Salada, que ya es otra forma *distinta* de economía: se entrecruzan en ella la lógica del taller con la del contrabando y la reventa independiente, la importación de cosas de China y la exportación ilegal al resto del Mercosur. Tenemos también que poder aprovechar eso.

Toda esta mezcla supera la visión dura y estrecha de las nacionalidades. Quienes explotan el sistema del taller textil quieren recrear acá una pequeña Bolivia, para evitar que te mezcles, que conozcas otras música, otra gente. Las radios que se escuchan en los talleres, las organizaciones que reivindicaban lo boliviano y los talleristas (y los discursos argentinos que promueven este modo de plantear las cosas) y que se justifican con la tradición andina te confinan a una identidad prefabricada de lo boliviano. Lejos de tratarse de una realidad “boliviana”, esta interpretación es muy propia de ciertas

instancias de poder argentinas (jueces, empresarios textiles, medios de comunicación, etc.).

Basta con echar un vistazo, para entender todo esto, al tratamiento público que recibió la tragedia del incendio del taller de Luis Viale, del que se cumplen ya 5 años. Junto a las víctimas directas, las imágenes difundidas aquellos días hablaban de una reacción inmediata por parte de costureros, pero sobre todo de los talleristas que se presentaron como comunidad boliviana afectada, planteando las cosas como un asunto de “nacionalidades”. De un modo muy parecido buscaron entenderlo entonces parte de las autoridades nacionales.

Para muchos de nosotros es más fuerte ser habitante de una villa o de un barrio como Villa Celina, donde crecimos y nos criamos desde chicos, que ser bolivianos. A eso le llamamos cultura ch’ixi, a tener esa capacidad de poder mezclarte, sin diluir lo que somos y lo que queremos...

4.

Esta no es una publicación hecha por argentinos/as “y” bolivianos/as. Eso supondría una ajenidad delimitada por nacionalidades. Quienes migramos, estamos en una parte que no conocíamos de la misma tierra; especialmente cuando hablamos de América latina. Lo que estamos tratando son problemas comunes: queremos analizar situaciones que hemos vivido, que aun continúan pasando.

No hablamos como bolivianos/as. Tampoco como argentinos/as. Porque tomar lo nacional como definición fija y cerrada ayuda a borrar diferencias importantes dentro mismo de esas

identidades, oculta la realidad del trabajo que las fractura y que constituye además uno de los motores que reorganiza –a partir de los flujos migratorios, por ejemplo– los territorios (locales, nacionales, continentales) y nos bloquea la posibilidad de pensar los procesos a partir de las imbricaciones reales que están redefiniendo tanto lo “boliviano” como lo “argentino”.

Estamos hablando desde una experiencia. Las perspectivas son distintas, irremediamente distintas, pero al cruzarlas provocan formas nuevas de discutir, de vislumbrar un problema, de aventurarse a pensarlo y nombrarlo de un modo diferente.

Más que nacionalidades, tenemos “trayectorias”. Algunas incluyen atravesar una frontera. Son trayectorias que dan que pensar.

5.

Conocemos los límites de denunciar la realidad de los talleres. La denuncia no aporta a comprender la complejidad de las cosas, y por eso no ayuda a salir de la simplificación en que normalmente se cae. En general es tan exterior que no sabe aliarse con las y los costureros, con sus necesidades concretas ni con sus ilusiones rotas. Algo está fallando en ese modo de encarar el problema. Tampoco nosotros tenemos la capacidad de dar “una solución”, como para contener a toda esa gente, si es que nos propondríamos sólo denunciar y hacer cerrar los talleres clandestinos. Hay otra fuerza que es la de *problematizar*. Implica construir y visibilizar un problema. Pero no mostrarlo para pasarlo como una película, sino ver de qué modo lo encaramos. Si no es contención, ¿entonces qué?

Tenemos que tener en cuenta que muchas veces la visibilización se utiliza de una manera invisibilizadora. Tanto mostrar y visibilizar los talleres textiles desde cierto punto de vista hace que se encasille su significado, que tomen más peso los estereotipos y, finalmente, que se ratifiquen los prejuicios. Lo mismo pasa con los originarios: durante 500 años no existían o si existían, no estaban, y ahora que aparecen, ¡todos somos originarios! Los visibilizamos, nos ponemos la camiseta y, en el fondo, no decimos nada sobre qué significa esa forma de vida.

Queremos buscar alternativas para discutir, formas de decir, maneras de mostrar.

6.

Nos dimos cuenta que para imaginarte otra idea de trabajo o de vida, primero tenés que tener una imaginación de otro tiempo, y un impulso de *liberarte* tiempo. Esa es la primera forma de salir del taller textil, de imaginarte un afuera, de necesitar robarle horas a una jornada laboral interminable.

La aparición de la necesidad de un tiempo propio para hacer otras cosas es lo que verdaderamente te hace pensar que no querés estar encerrado las 24 horas (o 18 ó 14) en un taller o en un supermercado o en otros tantos lugares.

Desde ahí es posible una crítica del trabajo que se vuelve más real, más concreta, que se la puede asumir más vitalmente, en las trayectorias de cada quien. Y nos confronta con un tema que, de nuevo, excede la clasificación por nacionalidades: con qué cálculo nos movemos, qué parte de nuestro tiempo estamos dispuestos a resignar en el trabajo, qué

imagen de progreso nos impulsa íntimamente, qué forma de vida naturalizamos...

7.

¿Cómo apropiarnos de lo que pasa *desde abajo* en Bolivia, o en Argentina, o en la región? ¿Cómo evitar que no sean consignas de integración que se vayan por arriba y se esfumen en los cielos de los discursos gubernamentales? ¿Cómo aprovechar y obligar a profundizar una apertura más democrática? Si se denuncia el neoliberalismo de otras épocas, ¿cómo se piensa y se toma en cuenta la situación de los exiliados por el neoliberalismo, de las y los migrantes que no paran de dejar sus países?

¿Por qué los movimientos sociales de Bolivia, en su momento más importante, no se convirtieron en una fuente de aprendizaje más directo para los migrantes que vivimos aquí? ¿Por qué las “representaciones” comunitarias en Buenos Aires son cuasi-mafiosas, nacionalistas y jerárquicas? ¿Qué significa una organización de otro tipo? En estas preguntas, sigue abierta nuestra investigación.

Teoría del agua sucia

*Diálogo con Silvia Rivera Cusicanqui**

Por el Colectivo Situaciones
Intervenido por el Colectivo Simbiosis Cultural

El sábado 24 de julio de 2010 compartimos una larga conversación con Silvia Rivera Cusicanqui, pocas horas antes de que partiera su avión de regreso a La Paz. Habíamos vivido días de intensa actividad en Buenos Aires, con la excusa de presentar *Chi'xinakax utxiwa*.

Durante buena parte del diálogo discutimos sobre el núcleo de la economía migrante en Buenos Aires:

* Silvia es una intelectual y militante boliviana con larga trayectoria. Fundadora del THOA (*Taller de Historia Oral Andino*) y de la editorial Aruwiyiri, docente de la Universidad Mayor de San Andrés y autora de varios libros, entre los que se destacan *Oprimidos pero no vencidos* (1984), *Ayllus y proyectos de desarrollos en el norte de Potosí* (1992), *Bircholas* (2001) y *Las fronteras de la coca* (2003). Actualmente participa del Colectivo 2 y de la revista del mismo nombre, que se publica estacionalmente en La Paz. En el año 2010 publicamos en Buenos Aires un libro con textos suyos, titulado *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*.

los talleres textiles. Silvia nos transmitió una perspectiva distinta a la que veníamos desarrollando, que a la vez nos chocaba y nos resultaba interesante.

Días más tarde leímos la entrevista con Simbiosis y tras acaloradas discusiones, párrafo a párrafo, decidimos intervenirla con notas y comentarios. El procedimiento se lo robamos a la propia Cusicanqui y a su grupo, El Colectivo 2, quienes en la revista que editan en La Paz publicaron nuestro texto *Inquietudes en el Impasse* con agregados y sugerencias de lectura.

De este modo va conformándose el entretejido de una conversación transnacional, que se origina en los encuentros presenciales, se sostiene en los intercambios a la distancia y se disemina con cada publicación colectiva.

Sobre los talleres textiles

Colectivo Situaciones (**CS**): Existe aquí en Buenos Aires una figura muy controvertida: la del tallerista. En el libro *Principio Potosí Reverso* relatás el encuentro con uno de ellos en Bolivia, pero la imagen que transmitís es bastante benévola.

Silvia Rivera Cusicanqui (**SRC**): Sí, quizás mi visión sobre este tipo de personajes es bastante rosa. Me han contado que algunos de ellos se convirtieron prácticamente en mafiosos. Pero yo les he dado el dato, si es que mis esperanzas no se frustran, de que no es la única forma. He hablado y me he farreado con el dueño de varios talleres y con su esposa, en la fiesta de Santiago de Guaqui y he visto otro tipo de envidia humana. No les puedo garantizar que

tengo razón, tal vez sea sólo un deseo, pero hay algo que se llama *dominación legítima*, que está basado en la noción del *derecho de piso*.¹

Yo suelo decirle a mis alumnos: no confundan joven con pobre. El joven siempre es pobre. Salvo que sea heredero de una fortuna o que disponga de rentas que no han surgido de su trabajo. El joven cuando empieza a caminar por la vida tiene que comenzar por abajo. Y en estas culturas, *q'ara* es el que hereda una riqueza que no ha producido y por eso tiene un piso de entrada a la sociedad que está cimentado por el trabajo de otros que han sido explotados. Ese primer escalón del piso siempre involucra un alto nivel de sacrificio. Yo deseo que esos talleristas que vienen y encierran a los trabajadores sean sólo la punta del iceberg, los que la prensa ha magnificado. No estoy segura, pero creo que tiene que haber otra cosa, si no, no sería tan dinámica la movida.²

1_ ¿Hasta qué punto tales argumentos no son una justificación *culturalista* del tipo de explotación de los talleres, basada en el trabajo a destajo, bajo el sistema de “cama caliente”? Esta situación, creemos, no podría acontecer en Bolivia de igual manera. Sucede en Buenos Aires porque el tallerista saca provecho de la falta de relaciones, de red, de contactos que tiene quien recién llega. Es el estar solo/a lo que hace que se tolere la vida en el taller. Se está solo/a frente al “engaño”, porque quienes viajan no sabían de antemano las condiciones extremas de trabajo que les esperaban en Buenos Aires (especialmente la cantidad de horas y la cantidad de dinero).

2_ Esta es una premisa para discutir, un puntapié: es verdad que existe una dinámica, un flujo, un movimiento constante de hombres, mujeres y niños que siguen

He hablado con mucha gente que vino desde Buenos Aires para participar de esa fiesta, donde se los ha contratado a los Kjarkas para que amenicen. Incluso conversé con los ahijados de sus sobrinos, es decir con el tercer anillo de parentesco de este tallerista. No eran sólo sus familiares directos. Y en los planes de los chicos y sobre todo de las chicas, se veía claramente cómo un tiempo más estarían en el taller para luego poner su propia peluquería. Ellas ya están estudiando el mercado, viendo las cabecitas rubias, cómo se hacen los rulos, qué tipos de colores se usan en los teñidos, viendo dónde va a instalar su local. Mientras se hacen explotar van construyendo su microempresa.³ La idea de que en

viniendo y que exige ser pensado. Y conlleva un dilema político: no se trata de “concientizar” a los costureros/as. Saben lo que hacen. Hay un *cálculo* que organiza el viaje, la inserción en el taller, sus expectativas. Queremos investigar de qué está hecho ese cálculo, sin desconocer los engaños y las desilusiones que lo arruinan. También nos proponemos pensar al taller como centro de una economía transnacional (argentino-boliviana) que se articula con las grandes marcas y crea toda una serie de mediaciones y proliferaciones comerciales, entre las que se encuentran las ferias. La intención es desafiar la gue-tificación que las organizaciones talleristas imponen, al presentar la producción textil de los talleres como una economía puramente boliviana.

3_ La idea de quienes vienen a trabajar a los talleres en principio no es quedarse. Más bien se llega con la idea de volver lo antes posible. Aprovechar el máximo, intensificar la temporada y regresar. “Por un tiempito nomás”, es la frase con la que cada quien piensa su viaje. Pero ese

estos lugares está en juego una dinámica de esclavitud me parece totalmente equivocada.⁴

CS. ¿Vos cómo le llamarías?

SRC. Subordinación, explotación, una mano de obra que está pagando derecho de piso migratorio, para en el primer escalón recibir lo que se llama una *reciprocidad diferida*. Eso es lo que hacen tus papás contigo y tú tienes la obligación de hacerlo con tus hijos. Tu mamá te ha cuidado a tu hija, tú tienes que

tiempito se alarga y se alarga: hay que pagar el pasaje, los gastos de la vida cotidiana, y además mandar algo de plata. Queda poco para ahorrar. La idea de la microempresa sólo llega con la resignación de quedarse. No es una iniciativa que surge desde el inicio. No es el plan original.

4_ Sabemos que la etiqueta de trabajo esclavo es complicada. La utilizaron los medios de comunicación cuando la existencia de los talleres textiles se hizo visible en el 2006, debido a la tragedia del incendio de Luis Viale (ver el libro *No olvidamos*, de Editorial Retazos, 2010). Las autoridades bolivianas solicitaron a las argentinas que no se hablara de trabajo esclavo porque era una imagen demasiado negativa. También se oponen a ella todas las organizaciones de talleristas que defienden la economía boliviana de la migración. La Alameda, como organización de denuncia, asumió que su tarea era “liberar” a los trabajadores bolivianos esclavizados. Al poner en el centro la palabra esclavitud, se discutió el tema como una cuestión de trata de personas.

Nosotros no hablamos de trabajo esclavo. No nos convence la secuencia “esclavizado que necesita ser liberado”, victimizante en extremo. Queremos desentrañar el cálculo que subyace a la dinámica de los talleres textiles y toda la red económica, cultural, y política que movilizan (radios, boliches, clínicas, etc.).

cuidar a la hija de tu hija, como una devolución a tu mamá. Diferido en el tiempo, se trata de un circuito de devolución: este fue explotado, ahora le toca explotar.⁵ Pareciera que fuera muy cruelmente colonialista, pero no es colonial esta regla. En todo caso sería una relación de clase. Porque no se consideran salvajes a los explotados. Los consideran aprendices pero no salvajes. Por eso es que la palabra esclavo, que siempre parte de una heteronomía cultural, es equivocada. Aunque es cierto que el conocimiento adquirido en la explotación colonial se vuelve un insumo para toda forma de explotación. Por ejemplo, es común en contextos de intensísima explotación, que se despliegue una otrificación del obrero, hasta considerarlo un salvaje. Por eso es tan fuerte la ciudadanía peronista aquí, porque se rompió esa premisa de que el obrero es un salvaje-otro, un recurso heredado de la explotación colonial. El repertorio de la dominación tiene también su propio bagaje de saberes adquiridos. Y son culturas de servidumbre, como dicen los antropofágicos.

CS. Pero teniendo en cuenta las relaciones de sub-

5_ La reciprocidad diferida entre relaciones de parentesco no puede compararse a la que organiza el vínculo entre talleristas y costurero/as. Son economías distintas. Lo cual no excluye que quien te traiga sea un familiar y presente el trabajo como “un favor”; en este sentido el lazo de parentesco es una forma de reforzar el compromiso con el taller. Creemos que lo que sí funciona organizando la dinámica del taller es una promesa de progreso, una forma de cálculo diferido: hoy soy costurera/o y en un tiempo puedo tener mi propio taller.

ordinación que se perciben en los talleres textiles de Buenos Aires, ¿no se podría decir que también las culturas andinas introyectaron o hicieron suyos ciertos valores propiamente colonialistas?

SRC. Sí, yo creo que indudablemente tienes toda la razón. Pero esos valores coloniales tuvieron que ser retraducidos a formas legitimadas por la comunidad andina, y siempre teniendo en cuenta cierto techo. No puede ser una condición de servidumbre permanente. Por eso no es esclavitud. Hay reglas muy claras de manumisión. Y un proceso progresivo de manumisión. Cuando pasaste el primer escalón tienes un cierto derecho a otra cosa, de ahí pasas a un segundo y ya te puedes considerar autónomo y puedes interactuar de igual a igual con tu antiguo explotador. Y él te va a dar el *kuti* de la devolución del prestigio: él va a tener que venir a tu fiesta.⁶

6_ Una cuestión muy importante es la ostentación que el y la migrante hacen en Bolivia. Nunca se cuenta del todo la realidad cotidiana del esfuerzo (cómo se vive, cómo se come, cómo se duerme, qué usos del tiempo se tiene). Prima la imagen de progreso, bienestar y fortuna con la que se regresa y que confirma, como en círculo, los deseos de quienes aun no migraron. Porque quien regresa lo hace para mostrar su éxito a la familia y a los amigos que festejan y confirman que aquel que viene a Argentina hace dinero. El relato de la vida de quien migra nunca puede ser completo: ¿por qué preocupar a los familiares? ¿Por qué no suponer que de a poco todo va a mejorar? Hay un orgullo que hace que no se relate de manera victimista lo que se vive aquí. Uno de los momentos de realización de ese orgullo es cuando se puede volver a Bolivia a mostrar y ostentar los resultados del esfuerzo. Por eso hay muchos

Entonces, hay una internalización del colonialismo en todo esto. No hay duda alguna. Todas las estructuras han sido colonizadas, todo el imaginario social ha sido colonizado. Y a su vez tiene un potencial de insubordinación frente a esa misma estructura. No es un mundo quieto de aceptación. Yo quisiera ver trayectorias genealógicas de chicos que han trabajado en los talleres, saber cómo egresan de esa “universidad tallerista”, qué ha pasado con ellos, qué proyectos de vida hay y si esta hipótesis de las gradas o de los pisos que tienen que pasar hasta llegar, que es una condición temporal que tiene que ver con el ciclo de vida, tal vez es una falsa ilusión mía. Saber qué ha pasado con los que egresan y si esos egresos son los sueños de los que ingresan, sueños que se pueden cumplir, planes de vida que van a llevar a que se cumplan esos proyectos. En ese sentido los paisanos son bien leninistas: hay que soñar pero a condición de realizar meticulosamente nuestra fantasía. Tac tac, tac: este año simplemente vivo, el próximo año me consigo un cuarto y traigo a mi mujer, al otro ya me ahorro los primeros pesitos y a la vuelta de diez años ya estoy armando mi taller y ya estoy empezando a jalar a otros.⁷

que se comprometen allá a ser pasantes y no les importa trabajar aquí día y noche con tal de cumplir con su obligación de gasto en su pueblo o comunidad de origen. Quien trabaja en un taller no lo hace por simple resignación, hay un orgullo secreto que moviliza y da sentido al sacrificio.

7_ La proyección de progresar incluye la perspectiva de que los hijos no sean talleristas, sino que vayan a la universidad. Los padres y madres talleristas no trans-

La Salada como taypi universal

CS. Como algo exterior al plan hay que pensar en una masa de gente que comienza a tener relaciones que van más allá del taller y aparecen cuestiones que tienen que ver con la ciudadanía, espacios públicos que en esta ciudad no son fáciles de hallar...

SRC. Claro que La Salada en este sentido es el *taypi* universal. Para mí La Salada es el *taypi* neto, donde unos entran y otros salen, un espacio donde es muy difícil la penetración estatal, neoliberal.⁸ Se han creado una vaina que está basada en la ilegalidad, en lo

fieren automáticamente el oficio: muchas veces esperan que sus hijos tengan otro futuro. Los hijos e hijas de los talleristas, en su mayoría, no quieren pasar por la “universidad tallerista”, prefieren la otra.

8_ En La Salada se ve claramente que los talleres y su producción son parte de la economía argentina ya transnacionalizada: en ella se surten revendedores de todo el país y también de algunos países limítrofes. Pero también van a comprar bien temprano quienes después salen a revender en la ciudad, en las pequeñas Saladitas, que cada vez proliferan más, multiplicando La Salada en otros barrios. Además, La Salada permite que algunos talleristas produzcan sus propias marcas. Lo que se vende allí es lo que se produce generalmente en las peores condiciones, también porque hay menos exigencia de calidad que cuando se costura para grandes marcas. La fuerza económica de la feria es imparable y se expande semana a semana. Produce entre los comerciantes argentinos todo tipo de reacciones: en su mayoría se oponen porque dicen que tiene condiciones de producción contra las que no se puede competir.

trucho, en todo lo que tú quieras. Pero digamos que si a la clase media se le han hecho añicos en este país las ilusiones del paraíso capitalista, producto de las sucesivas crisis, y todos por ese motivo se han vuelto más humanos y más transgresores, porque todos compran pirata, quedan entonces como muy pelotudos los que compran la ropa de marca original, son como nostálgicos oligarcas vetustos. Porque mejor te compras en la Salada y luego te haces la parada, pues.

CS. El problema es cuando se crean en torno a la feria un conjunto de poderes que luego resulta difícil revertir. Por ejemplo la articulación con la policía por parte de algunos talleristas, que consiguen parar procedimientos judiciales. Esa red incluye radios, que son las que escuchan los costureros en los talleres, lugares bailables para que asistan en las pocas horas libres que tienen, y además la vinculación con las grandes marcas. No es sólo La Salada sino que se trata de una cantidad de circuitos distintos, más o menos autónomos, en una articulación muy compleja.

SRC. El caso de Madrid nos brinda la pauta de una derivación reaccionaria y jodida de este mecanismo. Y es cuando se empiezan a establecer los monopolios jerárquicos de la condición nacional. Los que representan la bolivianidad⁹ e imponen esta maqui-

9_ Entre nosotros la bolivianidad articula formas reactivas de reivindicar una relación con nuestra cultura, con nuestro lugar de origen. Ofrece un estereotipo del boliviano/a como trabajador sumiso, apto para ocupar los estratos más bajos del mercado de trabajo “argentino”. Y se usa para reforzar el poder de gueto de las or-

naria del derecho de piso para aprovechar la antigüedad. Los que están en la cima han pasado todo el circuito ilegal, se han nutrido de esas esferas abigarradas donde todo vale. Todo vale pero en un aparente caos, que está ordenando por ciertas normas, porque si no se va al tacho el precio, el salario. Son cosas que estudié bien en *Bircholas*: el ambulante es tolerado, porque si se ponen muy intolerantes con ellos, pues los ambulantes se organizan y te montan un mercado al lado que te obliga a negociar.

CS. Algo similar pasó en La Salada, cuando quisieron hacer unos almacenes dentro de la feria y los que gestionan no querían darle puestos a los cargadores para que se reconvirtieran.

SRC. Entonces hay un doble manejo de ingreso controlado, de apertura regulada, para evitar la aparición de nuevas células de mercado que pueden desestabilizar. Eso pasó con el famoso Miamicito en La Paz. Tanto no dejaban entrar, tan cerrados se pusieron que se abrió la Uyustus y murió el Miamicito. Entonces la situación se invirtió: antes los que manejaban el Miamicito eran quienes impedían el acceso y ahora tienen que hacer derecho de piso para que los vuelvan a dejar ingresar. Sus excluidos son ahora sus excluidores, con los cuales tienen que hacerse yunqueños y compadrazgos, congraciarse para reestructurar su ingreso. O sea tú caes y subes medio cíclicamente. Por eso el factor de la temporalidad es muy importante.

ganizaciones patronales que encierran lo boliviano como algo a defender según sus propias definiciones y valores.

Pero lo que ha pasado en Madrid nos debe alertar. La bolivianidad comenzó a manejarse como un ícono poderoso de acogida ilusoria, puramente vinculada a lo más vulgar de la cultura boliviana. Los artífices de La Perla lograron controlar hasta hoy todo el capital simbólico de la feria y de la fiesta, sin que nadie pudiera cuestionar esa jerarquía. Y son super reaccionarios, con un manejo del chauvinismo muy grande, al punto que se mueren por demostrar que la diablada sólo es de nosotros. Derivado eso en política, La Perla maneja todas las fiestas y particularmente la de Urkupiña, sin que nadie pueda entrar salvo los auspiciadores, que son grandes marcas capitalistas. El control político ahí es muy jodido. Es un monopolio que está articulando todo eso con el neoliberalismo trasnacional más asqueroso. Y así se vuelve una correa de domesticación y desinfección del virus boliviano que hemos podido introducir con tanta migración. Todo eso lamentablemente también lo utilizan como correa de transmisión hacia la embajada, que hasta ahora no ha sido nada inteligente, porque sólo ha desarrollado iniciativas asistenciales y nada en términos de ciudadanía. Para armar feria, para poner nuestro *katu* allí, hemos tenido que apoyarnos en el Museo Reina Sofía para que nos preste su chapa, a la que La Perla no iba a poder negarse.

CS. En Buenos Aires hubo un cónsul que comenzó a ver esta articulación mafiosa y lo enfrentaron muy fuertemente, lo amenazaron, le pusieron un sueldo a su secretaria personal para que no siga trabajando con él. Lo que dice Ayala, que es el representante de

los talleristas y maneja el entramado más complejo de relaciones con la policía, con el gobierno de derecha de la ciudad, es que los trabajadores vienen acá en condiciones bastantes buenas pero la ilegalidad es una condición impuesta por la Argentina, por eso lo que ellos hacen es defender a la bolivianidad en el país. Ese poder que logran constituir aquí luego vuelve a Bolivia, como conjunto de reclamos al gobierno de Evo, en nombre de los migrantes.

SRC. La contaminación que nosotros manejamos no puede ser digerida por la moral de la izquierda, tan prístina, tan entera, tan orgánica, tan láctea. Ese nivel de purismo que reconoce una trayectoria loable, en Bolivia ya no existe. Después de que las izquierdas cruzaron ríos de sangre para gobernar con Banzer, el asco entre nosotros ya no es nada extraordinario. Entonces, si no entiendes a la policía y a las mafias por dentro, tu escudo moral resulta inocuo. El problema es que no sé quién puede hacer eso.

“Botar a la guagua y quedarse con el agua sucia”

CS. Quizás en Bolivia hayan podido develar al menos algunos indicios del tipo de conflictividad que se genera al interior de estos complejos, teniendo en cuenta que en muchas de sus articulaciones es posible percibir mecanismos injustos o de sometimiento. ¿Hay luchas capaces de asumir esta condición de abigarramiento? Porque en Buenos Aires los conflictos que hemos presenciado surgen a partir de una lectura externa de lo que pasa en estos circuitos, y se presentan como “salvadores” que vienen a liberar a los esclavos.

SRC. A mí hay lecturas que me han ayudado muchísimo para pensar estas cosas, en especial el caso de Chandra, de Ranajit Guha, que relata cómo los bienpensantes colonialistas salvaron a las viudas de ser quemadas, con un discurso patriarcal cuyo efecto es dejarlas sin voz. De ahí la pregunta de Spivak: *¿puede hablar el subalterno?*

Estos cronistas y viajeros, que son quienes producen las fuentes, hablan del horror exótico que les significa atestiguar la autoinmolación de las viudas de un Rajá que ha muerto y que supuestamente les impone el sacrificio. Lo que más le impresiona al tipo es la alegría con la cual ellas saltan al fuego. Y ve esa alegría como una especie de gran impositura, basada en una cultura y una religión arcaica que lo permite. Lo que comenzaron siendo crónicas de viaje se convierte luego en un escándalo de Derechos Humanos para la sociedad antiesclavista. Pero la sociedad antiesclavista tiene una trayectoria de doble moral tan impresionante que yo quisiera que ustedes vieran cómo casi se puede hacer un collage entre lo que dicen aquellos cronistas y lo que publican los medios en la actualidad. Y es esa maniobra colonialista la que justifica una intervención genocida, para salvar a las mujeres. Es lo mismo que ha hecho Bush con la burka.

La paradoja es ese no-lugar teórico: ¿qué bando tomas? O si logras hacer la pirueta de la ambivalencia, ¿dónde queda el piso ético? Se trata de un conflicto no sólo teórico sino ante todo ético. Para afrontar estos dilemas la memoria es una fuerza muy potente, porque el hecho que ha quedado sin resolución, sin justicia, en otro momento se resignifica.

El trabajo que están haciendo por ejemplo los chicos de la editorial Retazos, que publicaron un libro a cuatro años del incendio en el taller de la calle Viale, es muy importante. El sentido de esas memorias se transforma año a año y es algo que no debemos soltar. Quizás sean temáticas que haya que trabajar a ambos lados de la frontera, porque hay un grupo que está investigando en Koana, una comunidad que ha sido destruida ecológicamente por los residuos de El Alto y del que provienen la mayoría de los costureros que murieron en el incendio del año 2006.

CS. El problema para nosotros es cómo atravesar la pared que se levanta en una ciudad como la nuestra para separar las luchas de un lado y las luchas del otro. Cierta desfasaje entre una realidad y la otra que gretifica e impide establecer puentes. Porque así la resistencia se queda sin traducción posible y por lo tanto sin capacidad de replicarse. En ese sentido lo que están haciendo los chicos de Retazos es sin dudas muy interesante, porque están vinculando estos mundos, enlazando escenarios. Pero cuando ellos cuestionan a los talleres se les exige de inmediato que se definan sobre qué cosas ven mal y cuáles aprueban. Lo cual es muy difícil, porque se trata de algo a elaborar.

SRC. ¿Sabes qué yo digo? Hay que botar a la guagua y quedarse con el agua sucia. Porque a veces, si quieres salvar demasiado te quedas sin nada. Y el quedarte con el agua sucia por lo menos te deja unos cuantos gérmenes que por ahí pueden producir algo en otro ámbito. Así yo entiendo la micropolítica.

CS. El problema político y organizativo que ellos

plantean es cómo reemplazar todo lo que el taller ofrece, que es un lugar para estar con los hijos, alimento, relaciones con la familia, un estilo de vida. No existen aún las redes sociales que pueden asumir ese desafío...

SRC. Es lo mismo que pasa con los niños en la cárcel. Todas las miradas humanitarias apuntan a una cosa: ¿cómo es que entran esos niños? Por un sistema muy sutil de corrupción policial que no sólo permite el ingreso de niños, sino también de verduras, de familias, de bebidas, de modo que la cárcel boliviana se ha vuelto una cárcel modelo, pero no por derechos sino por infracciones. Entonces, si tú denuncias eso se corta todo: visitas, alimentos, se armó la huelga de hambre y los presos se cosieron las bocas.

Lo que nosotros planteábamos cuando trabajábamos allí haciendo voladores era usar esas transgresiones para una cultura de convivialidad y de no violencia. En mi caso hice la propuesta de introducir el *pijchado* para sustituir a la pasta base. Entonces armábamos en la cárcel unos *acullis* e invitábamos a todos estos pesados, pero claro, eso debería haber sido una política sistemática, acompañada por gente que sabe. Porque lo único que hemos logrado era que les picaba y tenían más ganas. Es algo que hay que manejar con sapiencia médica. Aunque estos muchachos se picaban hasta con el aire, porque la verdad es que el *aculli* y el *ajtapi* no le hacen mal a nadie.

Pero la situación en la que nosotros intervenimos era la de una lucha entre los marihuaneros y los basuqueros, porque estos últimos pueden matar hasta a su mamá para conseguir su dosis, en cambio el

marihuanero tiene su ética. Ahí se nos ocurrió hablar con uno de los compañeros de la guerrilla katarista que todavía está preso, de la misma historia que el Álvaro García Linera (actual vicepresidente de Bolivia), que quería ver cómo podía hacer para que la pasta base no los matara. ¿Qué hace uno? ¿Denuncias y les cortan todo? ¿Transas y eres cómplice de la mafia? ¿O usas la transa para crear un espacio de ética que por lo menos saque adelante un mínimo de valores? Historia oral, *acullicu* y voladores hacíamos nosotros. Pero era como oponerse al dragón con una bolita de canica. Un juego de niños.

CS. En el caso del mercado sería cómo usar el contrabando para desplegar otro tipo de redes.

SRC. Yo le he dicho a Javier Hurtado (ex Ministro de Producción y Microempresa): “haz una propuesta de reconvertir los saberes de contrabando, no para acabar con el contrabando sino para reconvertirlo y volverlo algo más sano, que nos traigan libros, chips, maquinarias, cosas que no hay acá, y que más bien lleven alimentos orgánicos”. Yo he visto los precios de las cosas orgánicas aquí y por ejemplo la estevia es realmente un lujo, mientras allá la consumen todos porque es más barata que el azúcar.

Parecen cosas muy crasas. Yo le he hablado de todo esto una vez al Evo y sabes qué me ha dicho: “yo soy político, no soy comerciante”. Yo le había dicho: “abriremos un espacio para la coca a ambos lados de la frontera. Legitimaremos. Llevaremos coca de primera calidad, embasada en origen, porque en Argentina hay la idea de que así se valoriza. ¿Qué tal si hacemos unas bolsitas apropiadas?”. Yo metiéndome

en el detalle, imaginando posibilidades que da la veta mercanchifle, para tratarlo de convencer. Me ha escuchado y me ha dicho: “sí compañera, ¿ya ha terminado? Bueno, yo soy político, no soy comerciante”. Ahí me he bajoneado. Esa es una de las tres o cuatro que me han pasado con el Evo. Así me he dado cuenta que con el estado no puedo hacer nada, porque no entiendo mi lenguaje ni yo entiendo su lenguaje.¹⁰ Entonces he dicho “a la calle”. Y a discutir si la costura debe ser redonda o cuadrada para que la punta no agujeree el plástico. ¡Esas son las cosas que hay que discutir!

El otro día fuimos al Bajo Flores y estaban las vendedoras en la calle. Les pregunté en aymara cuanto cuesta esto. “Pä waranca”, me dicen. Quiere decir dos mil. Pero es una forma de ver si yo soy aymara antigua. Y yo le saco dos pesos. Porque esa es la fórmula creada en el 82, para entenderse en medio del quilombo total de la inflación. Cuando decías dos mil estabas diciendo dos. Y cuando te dicen pisqa pataka, que es quinientos, quiere decir cincuenta centavos. Con las tres personas que he hablado allí en Bonorino hablaban aymara. Y cuando me hicieron la prueba y yo saqué dos pesos, hubo una mirada de complicidad entre todas. “Esta no es antropóloga”, querían decir esas miradas. Esos códigos separan a los bienpensantes de los malvivientes de la plebe.

10_ Cuando fue la tragedia de Luis Viale, los funcionarios estatales (de Argentina y Bolivia) se acercaron con palabras e ideas que no lograban tocar nada en esa situación difícil y de dolor. O trataban de calmarnos y acallarnos, o no entendían lo que se abría como discusión al interior de la colectividad y de la ciudad entera.

Anexo:

A continuación, y a modo de anexo a esta primer parte de la publicación, presentamos extractos de tres entrevistas a actores diversos y relevantes que sirven para hacerse una imagen más amplia de lo que se dice y se hace alrededor del mundo de los talleres textiles.

Por un lado, el ex Cónsul de Bolivia en Argentina, José Alberto “Gringo” González, quien se ha brindado más de una vez a desplegar el mapa de las instituciones de la colectividad boliviana y a insistir en la necesidad de que los jóvenes creen nuevas formas organizativas.

Luego, Gustavo Vera, referente de La Alameda, cuyas denuncias de esclavitud en los talleres han generado especial visibilidad mediática, a partir de lo cual ha enfrentado la resistencia de muchas instituciones de la colectividad boliviana.

Ambas entrevistas fueron emitidas en el espacio Clina-men, del programa radial La Mar en Coche de FM La Tribu.

Finalmente, Alfredo Ayala, dirigente de ACIFEBOL con aspiraciones a representar a la colectividad boliviana de Buenos Aires e insistentemente señalado como articulador de relaciones mafiosas del mundo de los talleres. Esta entrevista realizada por la misma producción no fue emitida.

_Entrevista a José “Gringo” González

JG: Les voy a contar algo para que se den cuenta cuál es mi posición. Cuando estuve en Bolivia en una reunión de embajadores coincidió con un discurso de Evo Morales, cuando cumplía tres años de gobierno. Fue el 22 de enero en La Paz. Él dio un discurso de unas cuatro horas, donde no hizo ninguna referencia a los migrantes. Después de

eso se hizo un almuerzo, al que yo no fui. Cuando Evo preguntó por qué yo no había ido, el canciller le explicó que yo estaba muy enojado, entonces Evo me llamó y me preguntó por qué estaba enojado. Le dije que me parecía increíble que en un discurso de cuatro horas se haya olvidado de la palabra migrante. Entonces me dijo que iba a ser la última vez, que había sido un error, que él a partir de ese momento se comprometía conmigo a que nunca más iba a suceder. A partir de ese momento, Evo se convirtió en el principal impulsor de la ley para que los migrantes puedan votar.

¿Pero qué significa que vote sólo un 6% de la población boliviana en Argentina?

JG: Cuando Evo me preguntó si estaba contento con la votación en Argentina, yo le respondí: 6% contento, 94% triste. De todas maneras, creo que, mas allá de los esfuerzos que puede haber hecho Evo, no hay que perder de vista el contexto que se vivía en ese momento, porque había una sensación de que era eso o nada. No hay que perder de vista el nivel de crispación que había en ese momento en Bolivia. Esto es una explicación, pero de ninguna manera un justificativo. Yo sigo creyendo que se ha obrado de una manera tremendamente injusta con los migrantes. Sobre todo, teniendo en cuenta que hay una nueva constitución política del estado, que pusimos en vigencia todos votando el 25 de enero y que dice, justamente, que todos tenemos el mismo derecho, independientemente de dónde vivamos. Estamos violando de entrada una constitución que acabamos de poner en vigencia, lo cual me parece atroz. Además, el 6% es una parte de la perversidad que tiene esta convocatoria a elecciones, otras perversidades tienen que ver con que

solamente se haya votado en cuatro países, por ejemplo. ¿Los bolivianos que viven en otros países no son bolivianos, no son susceptibles de beneficiarse con los derechos que les da la constitución? Otro tema más: ¿en Argentina, los bolivianos viven solamente en Jujuy, Mendoza y Buenos Aires? Otro elemento discriminatorio.

¿Cómo es la situación de la migración boliviana en otros lugares del país?

JG: En la Patagonia, haciendo estimaciones de lo que calcula cada intendente que tiene en sus ciudades, estamos hablando fácilmente de 200 mil personas, desde Viedma hasta Ushuaia. En Puerto Madryn el 40% de la población es boliviana. Hay mucha gente que está en la pesca, mucha gente también en la construcción, muchos albañiles bolivianos, sobre todo los yeseros. Carpinteros, plomeros, electricistas, bolivianos. Después, hay gente que produce alimentos, en Neuquén, Río Negro, Chubut, donde se produce papa, cebolla, manzana, uva, fruta de todo tipo. Río Negro, por ejemplo, importa el 40% de la verdura que se come en la provincia, produce el 60% restante. Ese 60% los producen los bolivianos. Toda la verdura de producción local que se consume en la provincia la producen los bolivianos. Y en Río Negro quieren que más bolivianos lleguen para que ese otro 40% también se produzca ahí y les abarate el costo de flete.

Los bolivianos están trabajando en situaciones increíbles como, por ejemplo, el pelar pescado. Hemos tenido la oportunidad de hablar con compañeras, hemos ido a una peladora de pescado, una cooperativa, donde se repite el mismo sistema de los talleres textiles. Les hacen creer que son cooperativistas, cuando en realidad es uno el dueño que los explota a todos. Les dice “hermanos

cooperativistas”. Mentira, son sus empleados. Le llaman cooperativa, pero es una empresa donde hay un dueño de los medios de producción y los otros trabajan para él. Compañeros que vivían en Potosí, que en su vida habían visto un pescado, pelando pescado, especialistas, a una velocidad alucinante. Compañeros ladrilleros, sobre todo en la zona de Neuquén. El mejor ladrillo de Argentina se produce en esa zona, donde es dramática la situación de los trabajadores, porque son negocios familiares y ahí los niños desde que caminan empiezan a trabajar. Igualmente creo que en los talleres se viven las peores condiciones, porque ahí están encerrados y ahí está lo perverso. En la ladrillería por lo menos miran el sol, miran las estrellas a la noche, respiran el aire. Y es muy esmerado el trabajo, muy sacrificado. Ellos no quieren sacar documentos, porque no tienen huellas, porque trabajan con barro y se les borran las huellas. Para migraciones, la solución es que dejen de trabajar dos meses, porque en dos meses se regenera la piel. Pero, ¿de que viven esos dos meses? Nunca nos respondieron. Entonces siguen sin poder anotarse.

¿Cuál es la postura de las autoridades argentinas frente a los talleres?

JG: Yo veo de las autoridades una mirada distraída del tema, nadie quiere entrar en el asunto, no hay ganas de hacerlo. Lo poquito que hizo el gobierno de Macri con la creación de la ley *Buenos Aires Produce*, al final, ni se ha reglamentado, ni se va a aplicar. Cuando uno cree que puede solucionar un problema prescindiendo de las partes que generan el problema, usted está loco. Y ¿de quién prescindían? Ni más ni menos que de las marcas. Pretendían solucionar el problema de los talleres textiles

como si no hubiera un grupo de empresarios que generen ese tipo de trabajo. No hay interés de legislar, de fiscalizar en lo atinente a la parte gruesa de las cadenas textiles, mientras que sí se ha ido a ajustar la parte más delgada de la cadena. Yo de ninguna manera voy a salir a defender a un tallerista que explota gente, que las tenga sometidas a las peores condiciones, pero creo que tampoco podemos dejar de ver que en muchos casos talleristas y costureros comen en la misma mierda, viven en la misma mierda, padecen las mismas circunstancias. No digo todos, pero muchos.

No se puede pensar que el problema de los talleres es el problema de una comunidad. Esta lógica de los talleres está organizada como la lógica de una economía entera. Entonces, estos segmentos sumergidos o ilegales de la economía, están sosteniendo todo lo que después aparece tan lindo en Palermo.

JG: Para el gobierno es muy sencillo hacer algo contra los talleres clandestinos. Si vas a cualquier shopping y le preguntás: “Esta camisa que cuesta 150 pesos, ¿de dónde la sacó?” Muchas de las grades marcas no tienen una aguja ni un carrete de hilo. Muchos de los llamados fabricantes no tienen ni una aguja ni un hilo. Y los llaman “fabricantes”. Esa es una tarea del gobierno, el gobierno tiene que decirnos cuál es la situación que se está viviendo. La pregunta es la siguiente: ¿le interesa al gobierno hacer eso?, ¿y por qué no le interesa? Nosotros hemos mandado cartas oficiales al gobierno de Macri preguntando qué están empezando a hacer con este tema, ¿están esperando que haya un nuevo Viale?

_Entrevista a Gustavo Vera

¿Por qué en una marcha que hubo después del incendio en Luis Viale hubo una bandera con la consigna “no somos esclavos, somos trabajadores”?

GV: Hablar de la colectividad boliviana reduciéndola exclusivamente a los talleres textiles es una falsedad. Están repartidos en varios ramos de la economía: semilleros, horticultura, construcción. Lo textil es básicamente el epicentro de la colectividad, y actúa con fuerza en el conurbano bonaerense, en el primer y segundo cordón y en el suroeste de la Capital Federal, donde se nuclea un porcentaje importante que está vinculada a los talleres clandestinos y los talleres textiles en general. Por la forma como se estructuraron los talleres, lamentablemente la voz cantante de ese sector la tuvieron siempre los dueños de los talleres, que no solamente explotaban a sus propios paisanos sino que también se adueñaron de las radios y los diarios de la colectividad, tienen los arreglos con el consulado, e inclusive tienen contacto con la estructura del estado argentino. Lo que se expresaba como la voz de la colectividad, en realidad era la voz de los patrones. La voz de los costureros no se empezó a escuchar hasta que La Alameda comenzó a plantear las denuncias y empezaron a aparecer víctimas relatando los horrores que sufrían. Incluso mucho tiempo después de Luis Viale todavía resultaba difícil encontrar, entre las voces de la colectividad, voces que no fuesen de los patrones.

Con el correr de los años podemos decir que, si bien un porcentaje importante de las voces son de las patronales, también hay un porcentaje de jóvenes que han sido explotados y empiezan a aparecer, hay un movimiento de hip hop entre los jóvenes bolivianos que es contestatario y habla de

los costureros bolivianos que denuncian a la patronal. Yo creo que ese movimiento ha sido creado y estimulado, si bien no directamente, bajo el clima que la lucha de La Alameda creó. Porque antes era imposible. Y como los jóvenes fueron los primeros que empezaron a denunciar, eso obligó a los talleristas a cambiar la modalidad y a traer grupos de familiares enteros con una gran cantidad de hijos como para que lo piensen dos veces antes de ir a parar a la calle. Traen gente de lugares muy lejanos del interior, en algunos casos que ni siquiera hablan castellano, lo cual dificulta la posibilidad de que se puedan revelar. Sobre todo porque vienen de vivir situaciones muchísimo peores que las del propio taller clandestino. Esto a su vez trajo un perjuicio a los propios talleristas, por que la productividad de esa gente era infinitamente más baja que la que le aportaba los jóvenes de La Paz o El Alto. Pero bueno, fue uno de los costos que tuvo que pagar la propia patronal clandestina.

Los dueños de los talleres en muchos casos no son tipos que han ganado el capital por derecho propio, sino que son testaferros de las marcas. Las marcas se han armado con costureros que eran más o menos inteligentes o que tenían alguna habilidad para organizar el trabajo, les han puesto capital para que figuren como dueños de talleres. Ellos están simplemente como fusibles en caso de que haya alguna inspección, para que se los lleven puesto a ellos y la marca se despegue. Por ejemplo, recuerdo que había un individuo que tenía un taller en Floresta en una casa de 5 ambientes alquilada y tenía otro taller en Caballito de 6 ambientes quera de su propiedad. El tipo tenía un parque de cincuenta máquinas y había llegado hace seis años. Obviamente esa plata no era de él. Era de *Cheeky*, pero estaba a nombre de él, mientras *Cheeky* directamente le llevaba los moldes...

¿Cómo se genera el vínculo entre la marca y este taller?

GV: La empresa habitualmente manda personal propio a los talleres para poder verificar la moldería, verificar los cortes, llevar y traer la mercadería. Cuando observan algún costurero que sobresale a la media normal y tiene un nivel de productividad bueno, le ofrecen abrirse y formar su propio taller, con la ayuda de la marca. Como que le dan un préstamo, que el costurero va a devolver con trabajo. Ese préstamo en realidad es un capital que pone la marca para armar un taller, que obviamente va cobrando en cómodas cuotas, con la idea de ir reproduciendo las células de los talleres. En principio los talleres estaban dirigidos por la colectividad coreana, a fines de los años '90 y principios del 2000. Cuando vino la gran devaluación muchos de los coreanos pudieron convertirse de talleristas a fabricantes. Y los coreanos mismos ayudaron a los paisanos a armar su propio taller. Ahora hay modelos salvajes de acumulación productiva, tipos que tienen un taller con tres máquinas y traen tres personas, les pagan el pasaje, los tienen tres meses trabajando gratis y luego los echan y van y traen otros. Así, durante un año, logran tener nueve personas que trabajan en forma absolutamente gratuita, con una plusvalía absoluta, y eso les permite multiplicar la cantidad de máquinas.

¿Pero no hay una figura que es la del tercerizador, generalmente argentino, que maneja el vínculo entre el taller clandestino y la marca, evitando así que en caso de denuncia la marca pueda ensuciarse?

GV: Hay dos tipos de esquema, según la marca que sea. Hay casos en que el propio dador de trabajo, la marca, posee relación directa y personal con los talleres, sin in-

termediarios. Por ejemplo *Soho, Cheeky, Kosiuko*. Pero hay otros, como *Bensimon, Topper, Le Coq Sportive* y *Puma*, donde hay un intermediario, una fábrica “en blanco” que supuestamente era la proveedora de esa marca, que en realidad era un espantapájaros para los inspectores, pues tercerizaba sus producciones en talleres clandestinos. Lo único que hacía esa supuesta fábrica “en blanco” era recibir la tela, preparar los cortes, mandarla a los talleres, recibir las prendas y entregárselas a las marcas. En ese caso se aplica la Ley de Trabajo a Domicilio que establece que hay una cadena de solidaridad entre el dador de trabajo y el que confecciona las prendas, por lo que la marca tiene la obligación de registrar a todos los actores que participan de la cadena de valor. Y por otra parte hay argumentos que se caen en cualquier juicio, como por ejemplo la fábrica Rilos que estaba en Carabobo y Curapaligüe: tenía cincuenta operarios y decía coser para siete marcas simultáneamente, obviamente era imposible.

Según decías, los talleristas tienen vínculos directos con el consulado boliviano y con el estado argentino. Cómo definirías la política de ambos estados: ¿hacen la vista gorda, es más bien complicidad, son parte del negocio?

GS: La gran devaluación en Argentina generó ventajas comparativas que permitieron la reactivación de la industria textil en la Argentina, acompañada por un nivel de pobreza cada vez mayor del otro lado de la frontera. Esa combinación dio como resultado que se intensificara la trata y el tráfico a gran escala, sobretudo en el rubro textil. Y desde el lado de Bolivia, durante la época de Gonzalo Sánchez de Lozada y sus sucesores neoliberales, hasta la llegada de Evo, hubo una complicidad en el sentido de que cuanto más gente migrara en situación de

vulnerabilidad menos dinero había que invertir en educación, salud y políticas sociales para poder sostener a esa gente y, por otra parte, más remesas iban hacia Bolivia, porque mucha de esa gente reenvía el mísero sueldo que cobra para ayudar a otros desesperados que han quedado varados en el lugar de origen. Con lo cual el negocio era redondo, los tipos invertían menos en ayuda social y recibían una cantidad de remesas que después de las que llegan de España son la segunda en importancia. Parte importante de esas remesas obviamente provienen de los talleres textiles. El papel del consulado era básicamente evitar que esta clandestinidad se hiciera visible, tratar de mantener regulado y ordenado este régimen. Por ejemplo, cuando un costurero se escapaba de un taller clandestino, porque no le pagaban o porque le habían pegado, por que habían abusado de él o no habían cumplido con lo prometido, iban a la comisaría y como no tenía documento lo mandaban al consulado... Y en el consulado funcionaba una especie de ministerio de trabajo paralelo, totalmente fuera de la ley: el cónsul citaba al tallerista y citaba al costurero, haciendo una suerte de arreglo trucho en el cual a cambio de dos mangos el costurero terminaba aceptando una limosna y firmando un acta donde se comprometía a no denunciar ante autoridades argentinas lo que estaba ocurriendo. Esa es la razón por la que crecieron una importante cantidad de talleres en pocos años sin que tomara estado público y cada tanto, frente a las denuncias que había de los vecinos, o frente a las quejas a nivel social, se reventaba algún taller, siempre y cuando falsificara la marca o trabajara para La Salada. Se trataba de mostrar un régimen en el que el taller clandestino era igual a falsificación de la marca, era igual a feria trucha, pero que no tenía nada que ver con el mundo fashion de

las marcas. Y es que son las propias marcas que financian los principales programas de televisión, los principales informativos donde los políticos anuncian sus campañas, con lo cual había una especie de dictadura sobre la opinión pública en este aspecto, sostenida por los *Cheeky*, los *Kosiuko*, los *Awada*, los *Puma*. Romper este circuito costó realmente mucho tiempo. Y fue imposible seguir ocultándolo porque nos movimos de modo inteligente, porque cada vez que había una denuncia sobre una marca buscábamos aquellos medios que no habían recibido pauta. Por ejemplo, yo recuerdo un grupo económico de medios audiovisuales que salió a matar a *Cheeky* porque no tenía publicidad y después ese mismo medio se llamó a silencio cuando *Cheeky* invirtió en anuncios.

¿Y cuál es el papel del estado argentino?

GV: El estado argentino auspicia todo esto. No estamos hablando de un estado ausente, hay un estado muy presente, que parte de una tesis, la que esgrimió el propio Néstor Kirchner el 25 de mayo del 2003, cuando dijo tres veces que entre los ejes fundacionales de la política que iba a llevar adelante se encontraba la reconstrucción de la burguesía nacional, que había sido destruida en la época de la convertibilidad y en parte con la dictadura militar. Para construir una nueva burguesía, vinculada al mercado interno, tenés que contar con capital a gran escala y de dónde iba a salir ese capital era la pregunta del millón. Normalmente las burguesías se han constituido mediante procesos de acumulación primaria, y no le han hecho asco a mecanismos como el crimen organizado y a otras alevosías a la hora de acumular. La coqueta burguesía europea acumuló su capital reventando durante quinientos años a los aborígenes y quitándoles todos los recursos,

matándolos en la mina de Potosí, gracias al trabajo esclavo. La burguesía norteamericana hizo lo mismo con parte de la población africana. Salvo excepciones como el Paraguay, donde hubo una política activa del estado; o el primer peronismo que, aprovechando las ventajas comparativas de la guerra, hizo que de alguna manera se capitalizara a esa naciente burguesía que surgía, parte conformada por terratenientes y otra parte por el propio estado. Pero en general los procesos de surgimiento de la burguesía han ocurrido en base a fenómenos non-sanctos, digamos. Y en la época de la globalización, es un fenómeno que se ha manifestado con toda la fuerza en la ex Unión Soviética, en la Europa del Este, donde la droga, la prostitución, la trata, el contrabando de armamento nuclear, el despedazamiento de la economía socialista, fue lo que permitió a un grupo de vivos que manejaban determinados resortes del estado, convertirse en los nuevos y prósperos burgueses.

Por otro lado, la policía hacía una especie de terrorismo de estado. Hay cientos de testimonios en la Defensoría del Pueblo, de costureros que cuentan que en sus talleres la cana entraba a cobrar la coima y a hablar a calzón quitado con el dueño del taller. Con lo cual el costurero veía al estado argentino entrando, arreglando con el tipo y los talleristas jactándose de esto delante de los costureros, como diciendo “ustedes no pueden ir a ningún lado”, yo domino la escena, ustedes no tienen documentos, están perdidos, los van a perseguir. Es más o menos como las mujeres que intentaron ejercer la prostitución por cuenta propia: la cana lo que hace es meterlas en la comisaría todos los días y decirles “piba si vos querés laburar, anda a un cabarulo”. Así centralizan la prostitución, pasa la comisaría y cobra.

¿Quién es Alfredo Ayala?

GV: Alfredo Ayala es el intelectual orgánico de esta cosa. El que mejor pudo expresar los intereses del conjunto de este organismo mafioso. Él obstruyó un procedimiento de la justicia federal en el año 2007, que había ordenado un allanamiento de la Gendarmería. Se plantó, cortó la calle, impidió que la Gendarmería se llevara la maquinaria (como había sido dispuesto por el Juez Federal), e hizo torcer la decisión de ese juez. En otra ocasión obstruyó un procedimiento de la Sub Secretaría de Trabajo en Automotores Orletti, donde había un taller clandestino. Salió en la tapa de los diarios, el tipo directamente se puso en la puerta, empezó a patotear, corrió a los inspectores. Otro día tuvo un enfrentamiento con la policía, cuando la Sub Secretaría de Trabajo pidió un auxilio policial para entrar en un taller y el tipo se paró adelante y los sacó corriendo. También rompió alegremente La Alameda, varias veces, le pegó a la gente a metros de la policía, hizo marchas a la comisaría. Es raro un tipo que aplica la acción directa en un país que no es el suyo, desafiando a jueces federales, desafiando a la policía, desafiando a gendarmería, desafiando a la Sub Secretaría del Trabajo, reventando oenegés pacíficas. Evidentemente nadie puede actuar con tanta impunidad si no tiene quién lo esté respaldando. Y bueno, hay que buscar más arriba, entre los líderes que manejan el crimen organizado en Argentina.

Cuando vino Evo Morales la última vez, Ayala le hizo una marcha en Plaza de Mayo y le exigía que vaya a Plaza de Mayo. Pero Evo Morales se quedó en la Facultad de Derecho y no fue a reunirse con ellos. Las tentativas de Ayala de influenciar a Evo Morales hasta ahora han fracasado.

Hay un acuerdo entre Brasil y Bolivia para que Brasil comience a comprar textiles a Bolivia. Y se comenta que en Bolivia se está pensando en un plan para repatriar los talleres, dándole la posibilidad de volverse con las máquinas y todo a instalarse allá.

GV: Eso fue lo que Ayala fue a plantear allá, con una representación de los dueños de talleres. Pero es algo que está bastante verde. También hay un proceso de traslado de costureros a talleres clandestinos de Brasil, porque las mismas mafias son las que manejan el circuito en Brasil y en Argentina.

Lo extraño de todo esto, que es un proceso político y económico y que tiene que ver con la conformación de una clase dominante, es que muchas organizaciones que se reivindican defensores de los intereses de los trabajadores no se preocupen por denunciar esta política económica. Y Evo Morales tampoco nunca lo ha denunciado, ¿será que avala un poco este sistema? Ahora Evo Morales ha enviado un Cónsul que es un férreo opositor a todo esto, pero está recibiendo fuertes represalias de Ayala y sus amigos por enfrentar situaciones que tienen que ver con el trabajo esclavo. Es cierto que desde el punto vista político se condena la condición de trabajo esclavo, pero Evo Morales llega al gobierno con cuatro mil cuadros en un Estado que hay que cubrir con por lo menos cien mil cuadros. Y obviamente que los restantes son ocupados por la vieja burocracia de los Sánchez de Losada, agentes del neoliberalismo, en el marco de una guerra civil constante y permanente con los sectores más oligarcas del país. Es evidente que no estamos en la primera plana de la preocupación del gobierno boliviano, pero cada vez que se toca el tema hay una discusión entre dos tendencias dentro del gobierno: una tendencia

principista que dice “esto hay que cortarlo como sea” (la designación del actual cónsul es una expresión de esta línea), y una tendencia más pragmática, que tal vez este más ligada a cancillería, que en definitiva propone que la situación decante sola, porque mientras tanto lo que se logra es gastar menos presupuesto y que lleguen más remesas.

¿Podés contar brevemente cómo es la situación judicial hoy en día?

GV: Se hizo una mega causa donde hay 83 marcas denunciadas por tercerizar trabajo esclavo. La mayoría de esas marcas fueron denunciadas por nosotros en conjunto con la Defensoría del Pueblo y, en algunos casos, con el Gobierno de la Ciudad, sobre todo en el periodo “post Luis Viale” de Telerman. Hay un fabricante que resultó confiscado, 17 talleristas procesados y con sus máquinas confiscadas recientemente y otorgadas al INTI para que se genere un polo textil. Hay marcas que están siendo investigadas en profundidad, luego de que durante dos años y medio no fueron investigadas porque Oyarbide se negaba a aplicar la Ley de Trabajo a Domicilio, es decir, se llevaba puesto a los talleristas pero se negaba a vincular a las marcas con estas cuestiones. Es más, él intentó sobreseer varias veces algunas marcas sin tomarles siquiera indagatoria. Pero creo que después del fallo del Juez Torres hay un antes y después, porque el Juez Torres vuelve a reimplantar la Ley de Trabajo a Domicilio, estableció la solidaridad del dador de trabajo y el resto de los componentes de la cadena de valor, y esto hace que el Juez Julián Artonini, que es quién tomó la mega causa, oriente la investigación hacia marcas como *Kosiuko*, *Cheeky*, *Soho*, *Puma* y otros...

_Entrevista a Alfredo Ayala

¿Es cierto que la cantidad de talleres textiles en la ciudad de Buenos Aires asciende a 15.000 y que hay otros 10.000 más en el conurbano bonaerense?

AA: Son datos mínimos, diría yo. Hay más que eso. Y cada taller reúne en promedio entre 10 ó 20 personas. El casi ochenta por ciento de los bolivianos que viven aquí se dedica al rubro textil.

Un taller grande es el que tiene unos 50 costureros trabajando. Si viene una inspección los talleres grandes le dan 1000 ó 2000 pesos a los inspectores. Pero los talleres chicos no tienen a veces para darle. Entonces a ellos les va la multa. Esta ley lo que hace es controlar desde abajo hacia arriba. Primero elimina a los chicos, no así a los grandes porque ellos son los que evaden. Ellos no dan la habilitación para que los talleres estén en blanco, porque así cortan el negocio de las inspecciones y las multas. Es una encrucijada...

Para entender la encrucijada: de un lado están las marcas, de otro el gobierno y luego están los talleres. Son tres los actores...

AA: Exactamente.

¿Tenés idea del porcentaje de ganancia que saca una marca en relación a lo que le cuesta una prenda producida en los talleres?

AA: Entiendo que es mucha. La remera antes se cobraba \$1,20. Ahora ha subido a \$1,80. No es suficiente, ha subido el sesenta por ciento nada más. Mientras el transporte subió el 200 por ciento. ¡Mira la diferencia! Hoy en día el trabajador se tiene que matar mucho más para

obtener el dinero que necesita. Hay gente que trabaja muchas horas. Muchos trabajan por prenda y tienen que esforzarse mucho más.

¿Aún así sigue siendo atractivo para el boliviano venirse a trabajar acá?

AA: Sí. Hay algunos talleres que han logrado sacar buen provecho. También algunos han quebrado. Pero los que pudieron sacar provecho han crecido más todavía. Y cuanto más trabajadores tienes más ganas. Yo tengo un amigo que trabaja muy bien y sus trabajadores ganan entre 3000 y 3500 pesos. Pero también hay talleres que pagan entre 1000 y 1500 pesos. Hay también aquellos más pequeños de todos que pagan entre 600 y 800 pesos. Pero también hay que considerar lo siguiente: en la mayoría de los talleres la modalidad de trabajo incluye vivienda y comida. La Ley de Trabajo no estipula ni la comida ni la vivienda. Si a los que ganan 3500 les suman la comida y la vivienda estarían ganando como 5000. Ahora, también hay gente que se aprovecha de la necesidad de otra gente. A veces, incluso, son parientes los que se aprovechan. Nosotros en la oficina hemos tenido que denunciar situaciones en la División de Trata de Personas, porque ya no podemos soportar que esa gente se aproveche tanto. Hay gente que está dos o tres años sin cobrar y cuando les pagan les dan 5000 pesos. ¡Y son los parientes! Hay también casos de violaciones. Esas cosas lamentablemente también existen.

Se dice que en los talleres se hace trabajo esclavo con cama caliente. Que los talleristas van a Bolivia a buscar personas a partir de las relaciones de reciprocidad, de *ayni* o de padrinzagos y después las situaciones terminan siendo de esclavitud.

AA: Pienso que es una generalización y una exageración. Porque como te decía, sí existen esos casos, pero no son todos así. Por culpa de unos cuantos se generaliza esa imagen. Toda sociedad tiene sus cosas buenas y malas, ¿no?

A mí siempre me enojaron ese tipo de noticias. Gustavo Vera, por ejemplo, ¿qué hacía? Utilizaba a mi gente, que se prestaba para eso obviamente, por un subsidio o por una caja Pan que les daba él, o por la comida que él ofrecía en el comedor y el merendero. Entonces la gente se ilusionaba. Y no sé cómo hacía, pero agarraba gente que recién llegaba, los metía a trabajar en un taller, estaban una semana o días y ya salían a denunciar, sin ni siquiera comprobar que eran realmente explotadores. Hoy en día sabemos que realmente hay gente que explota. Pero Vera mandaba a esa gente a lugares que no tenían nada que ver. Incluso inventaban cosas, como que el tallerista le daba la comida en el plato del gato. ¡Esas situaciones eran absurdas! Por eso nos perjudicaba y nosotros nos enfrentamos con Gustavo Vera. Yo le dije varias veces: “demostrá que realmente es un explotador y denúncialo”. Nosotros nunca vamos a estar de acuerdo con ese personaje, porque lo único que hace es beneficiarse políticamente.

Vos decías que había una diferencia entre los talleres en los que la gente se sentía explotada y aquellos que no. ¿Cuál es la diferencia entre uno y otro?

AA: Lo que ocurre es que mucha gente, bolivianos por ejemplo, vienen de barrios marginales. Y con tal de conseguir un trabajo aquí no se van a andar preocupando por las condiciones en las que viven.

En Bolivia hay muchas ferias, sindicatos y movimientos campesinos. ¿Qué pasa aquí con los costureros que están sometidos a esa situación de “servidumbre”? ¿Existe una forma de organización de costureros? ¿Cómo se manifiesta esa tradición de lucha y organización de Bolivia acá?

AA: Han intentado hacer una organización de costureros, pero no puede haber una organización de costureros ilegales. Nosotros hemos ido a hablar con los del sindicato de textiles argentinos (Sindicato Obrero de la Industria del Vestido y Afines). Ellos van a los talleres a hacer inspecciones, a ver cuántos obreros tienen blanqueados. Porque a ellos lo que les interesa es la cuestión de la cuota sindical.

Cuando por otro lado hemos hablado con los talleristas, ellos nos dicen: “mi gente no se quiere sacar el documento porque se va a ir antes de fin de año”. El cálculo es: para qué voy a gastar 300 pesos si me voy a ir.

El sindicalismo no es posible porque tiene que ser legal...

AA: Exactamente. Ahora se conformó una Cámara Central de Talleristas. Y cuando han querido sacar la inscripción jurídica, le han pedido la cantidad de talleres habilitados que tienen. ¡No había ningún taller habilitado! Ni el propio presidente de la cámara tenía el taller habilitado. Ni siquiera es una posibilidad.

Lo que nosotros hacemos es defender el derecho de las personas. Ellos vienen a nuestras oficinas, vienen a nuestras radios y nosotros le ofrecemos ayuda... para hacer un entierro, o para un parto o una operación. Y cada vez que ocurre algo, nosotros vamos y nos manifestamos. Hoy en día tenemos una estructura bastante fuerte. Son muchos los hermanos que nos apoyan. Si el consulado existiera y se hiciera cargo de todo esto, nosotros no existiríamos.

Por otro lado, las marcas hoy en día tienen como testaferros. Hay intermediarios. No son ellas mismas las que van a contratar. Los que negocian los precios entre las marcas y los talleristas son los intermediarios. Es el que pone la cara y distribuye.

¿El intermediario es legal?

AA: Es ilegal también. Ni siquiera tiene remito para responder. El remito lo tiene el tallerista y la marca lo obtiene a través del intermediario.

De todas maneras, el intermediario es una figura posible porque le garantiza a la marca trabajo muy barato...

AA: No sólo el trabajo barato, sino también la liberación de impuestos. Por los trabajadores tienen que pagar obra social. Son millones de pesos que se ahorra la marca.

¿El intermediario suele ser argentino o también es boliviano?

AA: Mayormente son argentinos, pero también hay bolivianos.

¿Y cuál es la figura legal con la que le factura a la marca?

AA: Como tallerista. Aunque no tengas taller, representas a varios pequeños talleres. Y estos intermediarios tienen el control sobre los talleres. Conocí un caso en el que el intermediario no quería pagarle al taller y no se le podía reclamar nada porque no había ningún papel.

Nosotros peleamos por la legalización. Porque muchos están hartos de trabajar como delincuentes escondiéndose de la policía y los inspectores.

Un diálogo en espejo

Por Juan Vázquez (Colectivo Simbiosis Cultural)

Al releer la entrevista a Silvia con los comentarios introducidos por nosotros, sentimos el alivio de reconocer nuestra realidad. Y aunque a veces esa realidad es difícil de digerir y nos deja desconcertados, seguimos preguntándonos por dónde desarmar la gran máquina que nos presentan como “lo que hay”, como nuestra única realidad posible.

Por eso nos preguntamos: ¿es inevitable pasar por ese “primer escalón” que según Silvia constituye un derecho de piso? ¿Y qué hacemos cuando vemos a personas involucradas en situaciones donde “el alto nivel de sacrificio” oculta injusticias? ¿Por qué aceptarlo como algo natural? ¿Por qué la única posibilidad sería decirle a un hermano: “las cosas son así”?

Mirarse al espejo tiene muchísimas implicancias. El reconocerlas las vuelve desafíos, porque cuando haces una retrospectiva te das cuenta de muchos cabos sueltos que en determinado momento parecieron firmes. Y el suponerlos resueltos te impedía avanzar.

Lo que el texto de Silvia Rivera nos propuso fue exactamente eso: un espejo.

Un espejo es diferente a un simple reflejo, porque en él se puede ver el mecanismo íntimo del funcionamiento. Algo que parecería que lo conocemos muy bien, ya que es “nuestro propio funcionamiento”.

En realidad, lo que nos muestra ese espejo es la mirada del otro. La mirada hacia nuestro modo de ser como sociedad, colectividad, comunidad... o como se nos ocurra llamarnos. Hete aquí que esa mirada nos propone solucionar o rever los cabos que parecerían firmes y con los cuales nos proponíamos una lucha.

Lo primero y más importante es superar la angustia que nos deja esa mirada. Entonces este texto se convierte en un desafío que muchos discursos o luchas no se animaron a ver (o no tuvieron la posibilidad de hacerlo). Por lo tanto terminan en un círculo que, en mayor o menor medida, alimenta un sistema del cual se nutren un montón de construcciones de poder, consolidaciones de legitimidad y sobretodo muchas ganancias.

Si superamos este primer desafío llegaríamos a cuestionar el fundamento mismo de nuestra lucha, encaminándonos a buscar formas alternativas de proseguir, porque abandonarla sería la derrota.

Del taller clandestino a la ocupación de Plaza Flores

Entrevista a Delia

¿Cómo fue que decidiste venir a Argentina?

Fue en enero de 2005. Había llegado a Bolivia mi tío para una fiesta. Él siempre viaja para las fiestas, porque ellos bailan en fraternidades. Entonces, ellos llegaron para la fiesta de Carnaval en el predio de Alasita. Yo estaba teniendo algunos problemas en mi casa, y ese año estaba decidiendo dejar de estudiar y ponerme a trabajar. Estaba estudiando comunicación social. Cuando llegaron mis tíos, les comenté que tenía decidido ponerme a trabajar. Y ahí es cuando la mujer de mi tío me dice: “¿por qué no te vienes a trabajar a la Argentina? Te va a convenir más, vas a ganar en dólares, no vas a gastar en nada, ni en comida, ni en pasajes. Yo te voy a dar todo y te vas sacar tu sueldito”. Cuando me dijo que iba a cobrar en dólares yo me animé más porque pensé que iba a poder ahorrar, regresar a estudiar y ayudar a mi familia. Entonces, por ese lado, yo estaba un poco más segura de venirme. Después de ese ofrecimiento pasó algún tiempo. Yo pensaba que ya no me iba a venir, hasta que después me llamaron y me preguntaron si me animaba a venir. Mi tío me

dijo que me iba a dar 300 dólares. Y como yo ya no estaba estudiando, me decidí.

¿En Bolivia no estabas trabajando?

Sí, estaba trabajando, pero no podía hacer las dos cosas, trabajar y estudiar, entonces me decidí pensando que era por un tiempo. Finalmente vinimos tres chicas desde allá. Una de ellas creo que era la hija de una vecina de mi tía. Eso me animó un poco más, porque supuestamente era una conocida y no me iba a venir sola. Ella se venía porque tenía sus chiquitos que mantener y los dejaba allá y se venía por un tiempo a trabajar. Había también otra chica con la que habían hecho contacto a través de conocidos.

En el camino, en una de las paradas cerca de Villazón, nos agarra mi tía y nos dice: “chicas, les voy a pagar en dólares. Si bien antes el dólar estaba 1 a 1 con el peso y ahora bajó, igual yo les voy a pagar en dólares”. Nosotros hicimos el cálculo de lo que estaba el dólar en ese momento en Bolivia, y aún así nos seguía conviniendo. Las tres chicas que íbamos hicimos el cálculo, eran unos 700 bolivianos, y decidimos que sí, que nos veníamos. A una de ellas le había dicho que iba a trabajar de cocinera solamente. Le iba a pagar 200 pesos y ella aceptó porque tenía que ayudar a mantener a sus tres hijos que quedaban en Bolivia. Todavía nos seguía diciendo que nos pagaría 300, pero no aclaraba por entonces si serían pesos o dólares. Recién tiempo después nos dijo que era en pesos. Pero aún así nosotros nos vinimos porque pensábamos que podríamos ahorrar.

Cuando estábamos llegando a la frontera ella nos aconsejaba que digamos que no estábamos viniendo

para vivir o trabajar, sino que llegábamos de visita para una fiesta. Como yo tenía familiaridad directa con mi tío, por el apellido, fue más fácil para mí. A las otras chicas se les complicó un poco más. Me parece que tuvieron que pagar en una tranca (puestos de control que están después de la frontera).

¿Eran menores?

No, pero tenían miedo que las deporten. Mi tía pagó por ellas. Veníamos ellas dos, mi primo, mi tía y yo. Curiosamente a mi primo no lo querían dejar pasar, pero pagó. Pero cuando llegamos acá, ahí mi tío dijo que nos iba a cobrar el pasaje. Y el pasaje iba a costar 100 dólares, o sea, el primer mes de trabajo. Y nosotras con tal de empezar a trabajar aceptamos. Ni bien llegamos nos empezaron a enseñar a manejar las máquinas.

¿Ellos ya estaban hace tiempo?

Sí, me parece que tenían el taller desde hacía 10 años. Y se nota que en ese entonces ya habían hecho alguna platita porque ya tenían su casa. Cuando llegamos a trabajar estábamos en la anterior casa, que era un departamento chico, donde estaba el taller, la pieza para los chicos, la cocina y todo lo demás. Éramos nueve personas en una pieza. Entrábamos justito porque apenas cabían las cuchetas. Ahí habremos estado viviendo un par de semanas solamente.

¿Y qué sensación tenías cuando llegaste y te encontraste que tenían que vivir así?

Y, yo no estaba acostumbrada. Porque en Bolivia compartíamos piezas con chicas y chicos, pero eso

era demasiado. Había una cosa que sí me llamó la atención en ese momento. Cuando bajamos del coche de mi tío, vinieron los hermanos de mi tía y le dicen a mi tío: “llegaron las nuevas esclavas”. Y él les dijo: “Sí, sí, esas son mis nuevas esclavas ahora”. Pero en ese momento no le dimos ni pelota. No habíamos pensado por qué nos decían eso. Cuando nos trajeron nos habían dicho que íbamos a trabajar desde la mañana a 10 de la noche. Nos iban a dar el desayuno, el almuerzo y la cena. Pero después de un tiempo ya no trabajábamos hasta las 10. Nos quedábamos hasta las 11 ó 12 de la noche.

¿El problema era que tenían entregas de trabajo especiales?

No, ellos hacían las prendas para ir a vender a La Salada. Ellos necesitaban las prendas para llevar allá. Pero cualquiera fuera su problema, venían y se desquitaban con nosotros. Y nos exigían más y más cada vez. Llegamos a trabajar jornadas hasta las 3 de la mañana, y a las 7 ya teníamos que estar trabajando de vuelta. Sólo podíamos parar de trabajar cuando la dueña nos autorizaba. Si no se enojaba mucho.

¿Ella también trabajaba en máquina?

No, ella no hacía nada. Nuestro trabajo, que iba a ser de lunes a viernes de 7 a 22 horas y el sábado desde las 7 hasta el mediodía, sólo se cumplió un mes nada más. Después el sábado pasamos a trabajar hasta las 8 de la noche, y a veces hasta las 10. Terminábamos con la limpieza del cuarto y después teníamos que planchar y alisar las prendas para llevar a La Salada. Los domingos teníamos, a cambio

de la comida de los fines de semana, que limpiar toda la casa. Y nos quedábamos a limpiar, recoger las cosas y cocinar. Cuando nos fuimos a la otra casa, que era más grande, era igual: teníamos que limpiar todo nosotros. Éramos tres chicas y mi primo. Incluso tuvimos que ayudar a pintar las piezas. Hacíamos de todo. Los domingos prácticamente no eran de nosotros porque no descansábamos. Seguíamos limpiando y ordenando hasta las 4 de la tarde. Pero a partir de esa hora, cuando ya estábamos libres, nos poníamos a lavarnos la ropa, a bañarnos. Terminábamos recién a las 8 de la noche.

¿En algún momento pensaste en volverte?

Sí, pero se me complicaba porque no tenía plata. Ella no nos pagaba cada mes. El trato que yo tenía era que ella me iba a pagar una vez que yo me quisiera regresar a Bolivia. Mientras tanto nos decía que nos iba a dar unos vales de 150 pesos, o si nuestras familias lo necesitaban, les girarían dinero. Cuando mis hermanos necesitaron dinero un par de veces, ella lo mandó. Igualmente nunca me mostraba la boleta del giro. Me decía que había mandado una cantidad de dinero y yo tenía que creerle. Y yo no sabía cuánto era el costo de envío del dinero ni nada. Ella me descontaba todo y yo tenía que creerle por la necesidad de mandar la plata a mis parientes.

¿Durante cuántos meses, desde que entraste, no viste plata?

Hasta el final, hasta que me fui. Habré mandado, hasta ese entonces, tres veces dinero a Bolivia. De a

cien dólares cada vez. Después no vi nada de plata. Yo trabajé bien desde marzo, porque en febrero los habíamos ayudado a pintar y arreglar la casa nueva. Y trabajé desde marzo hasta enero. Fueron unos diez meses en los que tendría que haber hecho una buena plata, unos mil dólares descontando la plata de los envíos. Eso, menos lo que me iban a descontar del pasaje de venida para acá, igualmente redondeaba una buena suma.

Nosotras también nos teníamos que turnar para ir a vender a La Salada. Y eso no lo pagaba. Las primeras veces nos pagó 10 pesos por feria. Luego empezó a desaparecer de repente el dinero. Nos acusaba de que le robábamos prendas y dejó de pagarnos, aunque igual nos seguía llevando a La Salada. Íbamos a las tres de la mañana y regresábamos a las tres o cuatro de la tarde. Llegábamos, descansábamos un par de horas y volvíamos a meternos a la máquina. Eso si era en la semana. Si te tocaba domingo, igual te ibas a trabajar a La Salada.

Y tu tío, dada la relación de parentesco, ¿no establecía ninguna diferencia en el trato con vos?

No, nada. Al contrario. Yo tenía que estar más comprometida a ayudarles porque era la sobrina. Es más, durante un tiempo yo fui la maestra particular de mi primito porque no le prestaban atención y él andaba con notas muy bajas. No sabía ni leer ni sumar y yo me tuve que hacer cargo de ayudarlo con las tareas. Ellos se enojaban porque sí o sí yo lo tenía que ayudar a él y eso me restaba tiempo para estar en el taller. Entonces yo me atrasaba y al atrasarme yo se atrasaba toda la producción. Entonces

se enojaban sin importarles que yo me atrasaba porque lo estaba ayudando a mi primito. Entonces me obligaban a terminar el trabajo. Es por eso que los sábados nos quedábamos hasta más tarde a trabajar. Eso se hizo costumbre. Y tampoco nos reconocía el trabajo extra ni nos pagaba por él.

¿Y la chica que vino como cocinera?

Trabajó un par de meses en la cocina y después se metió a la máquina a trabajar y ya ganaba como nosotras. Como yo manejaba todas las máquinas, y como era la “sobrina”, después de los primeros cuatro o cinco meses me aumentaron 100 pesos. Ya no ganaba 300 sino 400 pesos. Y me decían: “esto es un favor que te estamos haciendo, porque tú eres la sobrina, porque aprendiste a manejar todas las máquinas y porque estás como encargada”. Y como encargada también tenía que ayudar a trabajar las telas antes de la producción, estirarlas, hacerlas “dormir” para que estén listas para la costura. Tenía que repartir el corte, organizar a las chicas, ayudar a mi primo con las tareas, irme a la feria... Por todo ese trabajo ellos me aumentaban 100 pesos. Pero no teníamos descanso.

¿Y el tiempo para comer?

Nosotras desayunábamos como a las 8 y media unos diez minutos y ni bien terminábamos nos íbamos inmediatamente a trabajar. También almorzábamos rápido para venir a trabajar.

¿Y a tu familia le contabas algo de todo esto?

No, porque no quería preocuparlos. Allá había varios problemas. Y si yo le contaba esto a mi mamá,

ella se iba a sentir peor porque era su propio hermano... Inclusive mi tía me amenazaba. Si yo hacía algo mal, ella, me decía, iba a hablar con mi papá para contarle todo. Y yo no quería que le llevaran preocupaciones. Prefería aguantarme y aguantarme hasta terminar el año y luego regresarme a Bolivia.

Si faltaba plata cuando iba a la Salada, ella me amenazaba. Habrá sucedido 5 ó 6 veces. Ella me daba una cantidad de prendas y yo tenía que entregar al final del día el dinero que correspondía. Pero siempre que entregaba la plata, mi tía decía que no era la cantidad correspondiente. Y así, de a poco, iba desapareciendo el dinero. La última vez que me lo hizo fue un día antes de que yo me vaya. Fuimos al puesto y fui a ayudarla porque mi tío me pidió que fuera. Yo no quería ir porque ya había tenido malas experiencias. Entonces voy a la feria y casualmente desaparecieron 300 pesos. Habremos hecho unos 1300 pesos. Yo conté la plata y se la dí a mi tía. Ella la agarró y no dijo nada. Al poco rato vienen los dos y me llaman diciendo que se habían perdido 300 pesos. Dijeron que yo sólo les había dado 1000 y que les dije que eran 1300. Mi tía se puso a llorar diciendo que yo la había robado. Yo, encima, no tenía plata porque nunca me pagaban. Me daban vales de 50 o 20 pesos para ir a internet y hacer llamadas nada más. Ni ropa me compraba. No tenía nada de dinero para gastar. Nosotros ni salíamos los fines de semana porque ella nos tenía bajo llave. Nos había quitado el documento. Es más, varias veces la encontramos a Máxima, que era la esposa de mi tío, buscando en nuestras cosas. Y así se “perdían” los vales que nos daban a nosotras. A mí me

faltó dinero como cuatro veces. Nunca me lo devolvieron. Ella decía: “seguramente fueron tus compañeras”. Pero un día yo fui y la encontré agarrando mis cosas. Y ella me dijo que estaba buscando su dinero que se había perdido.

Entonces, cuando querías ir a Bolivia no tenías plata encima...

Una vez me escapé. Yo lo iba a dejar a mi sobrino a la escuela. Y ya no quería volver más. Pero no tenía plata. Tendría un peso con veinte centavos. No quería regresar pero tampoco conocía a nadie. No tenía documentos, ni dinero. Tampoco conocía el lugar ni sabía dónde podría ir. Me quedé unas horas por ahí y no me quedó otra que regresar. Tenía miedo de que si iba a otro lugar por ahí era peor que donde estaba. Entonces decidí regresar, quedarme y seguir aguantando.

Y la cosa se iba poniendo peor. Siempre escuchábamos los gritos de mi tía. A cada rato nosotras tratábamos de hablar. No podíamos estar todo el día trabajando en silencio. Cada tanto hacíamos alguna broma. La pieza de ella estaba justo frente del taller. Y ella nos escuchaba. Entonces nos gritaba y nos amenazaba diciéndonos que teníamos que callarnos, porque se afectaba la producción, que de esa manera no íbamos a sacar las prendas. Ella decía: “¿qué tengo que hacer para vigilarlas? Voy a tener que poner micrófonos y cámaras para vigilarlas...”. Nos vivía gritando y tratando mal.

¿Entre ustedes se armaba algún tipo de complicidad? ¿Tenían confianza entre las que trabajaban?

Era difícil. Entre nosotras no había confianza, no podíamos confiar. Habíamos quedado solo tres chicas porque mi primo se fue a los dos meses que vino. El no soportaba a mi tía y me dijo “vámonos”.

¿Qué edad tenía él?

Mi misma edad, 28 años. Él me decía que ya la conocía a mi tía, que había trabajado un año con ella y le había hecho un montón de cosas. Y yo le dije que necesitaba la plata y me quedé. Cuando él se fue quedamos sólo tres chicas, y el trabajo que antes hacíamos entre cuatro, a partir de ahí lo tuvimos que hacer entre tres.

Cuando había problemas familiares, por ahí se peleaba con mi tío, ella se las agarraba conmigo que era la sobrina. Llegamos a tenerle mucho miedo. Siempre nos trataba mal. Nos echaba en cara la comida que nos daba diciéndonos que ella hacía que no nos falte nada. Pero el trato era pésimo y la cantidad de horas en las que trabajábamos era cada vez más.

¿Y cómo y cuándo te fuiste?

Fue para el año. Esperé tener algo de dinero para regresarme. De la plata que yo esperaba (unos 600 dólares), me fue descontando el dinero que ella había perdido y me fui con algo más de 300 dólares.

¿Ellos sabían que te ibas?

Ellos me compraron el pasaje.

Vos le dijiste que no aguantabas más...

No, yo les dije que quería ir a estudiar. Esa era la

idea. Ya se había cumplido el tiempo que yo había quedado con ella. Pero no contaba con que me iban a descontar todo ese dinero que se había perdido. Mi tío nunca decía nada. La que siempre gritaba era mi tía. Pero él tampoco hacía nada, ni siquiera era capaz de venir a defenderme. A él le convenía económicamente la situación.

¿A ellos les iba bien? ¿Vendían bien?

Cada vez que podían se iban a Bolivia. Cada vez que había fiesta ellos se iban para allá. Tanto para la fiesta del Gran Poder, como para el Carnaval o las fiestas del pueblo de mi tío. Ellos siempre iban para allá. Y cuando ellos se iban yo me quedaba acá a cargo del taller.

Sólo venía la hermana de ella a controlar todo y a pedirme la plata de las ventas. La primera vez que me quedé encargada desapareció el dinero. De eso, supuestamente, me perdonaron. Habrán sido algo así como 1000 pesos y algo.

¿Ellos producían para su marca o trabajaban para otras marcas también?

Ellos tenían su propia marca. Trabajaban para su marca nada más. Era ropa para nena: remeras, musculosas y cosas sencillitas que salían al toque y eran fáciles de hacer.

Iban al puesto de La Salada y se vendía todo...

Sí. Tenían un puesto fijo que lo habían comprado y tenían otros dos puestos más en alquiler. Ahí se vendía todo. Tenían una buena entrada. Incluso tenían unas vendedoras que eran argentinas a las cuales les

pagaban 20 pesos por feria o algo así. A ellas también las habían acusado de robarles. Pero siempre teníamos que aguantar porque no teníamos donde ir. Y la garantía que teníamos era el documento que lo tenía ella. Y sin el documento no podés hacer nada.

No había contrato ni nada...

Había un contrato verbal. Pero ni siquiera eso se cumplía.

Les retenían el documento diciéndoles que esa era la garantía para que ustedes se queden...

Sí. Las tres chicas somos las que estuvimos desde el principio hasta el final. Pero cada vez que mi tía iba a Bolivia ella traía nueva gente, dos o tres personas nuevas. Pero esas personas se escapaban o se iban de nuevo a Bolivia porque no aguantaban. Pero con nosotras ella se aseguró de que no nos vayamos.

¿Vos cuando entraste no sabías usar las máquinas?

Aprendí ahí. Una vez, recuerdo, nos habíamos enfermado. Nos picó algún bicho. Se me infectó la pierna por el pus. Tenía el doble de tamaño. Yo seguía trabajando. Quería ir al médico y no nos dejaban. Me había llegado hasta la cola y no podía sentarme, pero igual tenía que seguir trabajando. No nos dejaban salir porque tenían miedo de que nostras habláramos y dijéramos que trabajábamos en un taller. Cuando nos dejó ir al hospital fue porque se asustaron, porque las dos ya llorábamos de dolor. Fuimos a una salita de Laferrere, y cuando la doctora nos vio se asustó. La doctora me puso un montón de anestesia y me decía que no mire. Yo

veía cómo me iba cortando la pierna para que drene el pus. Me había dado unos antibióticos y tenía que ir un par de veces a la semana.

¿La doctora te preguntó cómo había pasado tanto tiempo para que te hicieras ver?

Yo aproveché cuando la otra chica se había ido para contarle la verdad a la doctora. Ella me decía que me fuera del taller, pero yo le decía que no conocía a nadie: ¿dónde me iba a ir? La otra chica era muy tímida. El doctor que la atendió le dijo que no podía ser, que tenía que volver más seguido para controlarse. Cuando ella le contó a mi tía, no nos dejaron salir más. Ella compró un jabón especial de la farmacia con el cual supuestamente nos iba a limpiar la herida todos los días. Pero no se sanaba rápido porque era verano y por el polvillo que hay en el lugar de trabajo. Era increíble. Mi tía también empezó a echarnos en cara que nos habíamos mejorado gracias a ella que nos había mandado al hospital. Ella decía que hay otros paisanos talleristas que te tratan mal y no te dejan ir para nada. Ella pretendía que le agradeciéramos porque decía que era muy buena con nosotros y hasta nos daba de comer los fines de semana, mientras que en otros talleres no les daban de comer los fines de semana. Incluso ella nos sacaba a pasear una vez cada tanto para que viéramos la ciudad, y decía que en otros lugares eso no pasaba.

¿Escuchaban radio, o veían televisión?

Sí, veíamos tele.

¿Pero tenían cierta noción de dónde estaban?

Nada. Yo sabía que estaba en Argentina, en Buenos Aires. Luego me dí cuenta de que estaba en Provincia y no en Capital. Pero, por ejemplo, no sabía a cuánto tiempo estábamos de la Capital. Me decían que Liniers estaba como a una hora. Yo nunca había ido, sólo pasé un par de veces con el coche de ellos. No sabía ni siquiera qué colectivo me dejaba. Y eso que la que más salía era yo. Me iba todos los domingos, o domingo por medio para hablar por teléfono o chatear con mis hermanos. Ese era parte del trato porque mi mamá le había dicho que quería comunicarse en forma constante conmigo.

¿Y anímicamente cómo estabas?

Mal porque me encerré demasiado. Ahí no podía confiar en nadie, ni siquiera en mis propias compañeras. Mi tía les daba dinero a cambio de información sobre nosotras mismas. No podía decir nada.

¿Y a tus hermanos no les decías nada por temor a preocuparlos?

Sí, no les contaba nada. Tenía, sí, unos compañeros de la universidad en Bolivia a los que sí les contaba todo lo que me iba pasando. Ellos me decían que en Capital había un par de amigos que tenían, por qué no me iba con ellos. Pero yo no podía irme porque ni conocía Capital, ni tenía mi documento. Hasta que me regresé a Bolivia, donde entonces sí le conté a mi familia lo que había sucedido.

¿Y cómo reaccionaron?

Se quedaron todos muy impresionados. Mi mamá

no podía creer que su propio hermano no diga nada ni haga nada. Tampoco podía creer que su esposa fuera así, porque cuando va a Bolivia es un pan de Dios. Te cuenta las cosas de una manera que te la crees. ¡Y te la crees tan bien! Pero llegando acá era otra cosa. Es como un lobo disfrazado de ovejita...

¿Nadie la enfrentó?

Hubo chicas que la enfrentaron, que le contestaban. Y lo que ella hacía cuando alguien le levantaba la voz, era tomar la decisión de cuánto tiempo más la iba a tener trabajando y cuándo la mandaba directamente a Bolivia. Si no le convenía o era contestona, la tenía que despachar inmediatamente. Porque tampoco le convenía que se quede acá. Una chica, por ejemplo, trabajó un mes y empezó a reaccionar y contestaba todo, y mi tía la mandó directamente a Bolivia. No le pagó nada y le dijo: “agradecé que te estoy pagando el pasaje de vuelta”. A otra que trabajó tres meses tampoco le pagó nada y la despachó directamente. Y así hizo con varias personas. Sí hubo un par que se escaparon. Yo me la encontré a una de ellas un par de veces, consiguió otro trabajo. Me contó que se la cruzó a mi tía, después de que se escapó, y mi tía le pegó. Me la había encontrado después de un año y medio. Porque después que me fui a Bolivia, y regresé más tarde con otros tíos.

¿De parte de tu mamá?

Sí. Pero ahí era otra cosa. Más o menos el sistema de trabajo era el mismo. Pero cambió mucho el tema del trato. Eran más amables. Pero esencialmente el trabajo era lo mismo.

¿Era también en Provincia?

No, acá en Capital.

¿Cuándo te volviste a venir a Buenos Aires? ¿Fue en seguida de que llegaste a Bolivia?

Sí, al mes. Me regresé en seguida. El acuerdo era que mis tíos me bancaran un tiempo hasta que yo encuentre otro trabajo. Pero yo buscaba y buscaba trabajo y no encontraba. Como no tenía mucha experiencia, no encontraba nada.

¿Buscabas por el diario?

No, me iba a la avenida Avellaneda, a Once...

Preguntabas en los locales...

Sí, pero cuando yo les decía que tenía un año de experiencia, me pedían por lo menos tres años. Las coreanas me decían eso. Entonces, me quedé con mi tío trabajando un tiempo hasta que conseguí otro lugar, porque tampoco me gustaba la forma en la que se trabajaba con mi tío.

¿Tu tío te pagaba?

Sí, el sí me pagaba por mes.

¿Cuánto?

400 pesos por un trabajo de siete de la mañana a una de la madrugada y los sábados de siete a una de la tarde. Pero con él tenía más opciones de salir. No me retenía ni nada. A partir de la una, los sábados, yo podía hacer lo que quería. Entonces me fui a estudiar a un centro educativo donde había muchos paisanos. Ahí yo tenía más confianza. Además

no tenía documento y solo podía estudiar ahí.

¿Por qué no tenías documento?

Porque no había hecho los trámites. No sabía dónde había que ir, ni cómo tenía que hacer. Al final sí me decidí a sacarlo y mi tío me dijo que averiguara lo que necesitaba. Y cuando fue el incendio del taller de Caballito, yo ya tenía todo averiguado y al día siguiente me fui para sacar el documento.

¿Tu tío también tenía puesto en La Salada?

No, él trabajaba para un argentino. Era un taller de marcas. Él recibía el corte y en el taller sólo lo costurábamos. Se hacían camperas, ropa para nenas en general.

¿Y en lo de tu otro tío, en el trabajo anterior, qué se hacía?

Ahí se hacía todo el proceso. Desde comprar la tela, cortarla, costurarla y venderla. Pero los talleres en general costuran.

¿Y cuándo te fuiste de este taller?

A medida de que fui conociendo gente en el centro educativo, me fui abriendo más. Ahí encontré algunas personas que me ofrecían mejores trabajos: menos horas y mejor paga. Entonces me fui a lo de una paisana. Ahí trabajaba de ocho a ocho y me pagaban 500 pesos. Los sábados trabajaba de ocho a una de la tarde.

¿En este nuevo taller también trabajabas con cama?

Sí, por eso me pagaban 500 pesos. Incluía comida. Pero sólo estuve un par de meses, porque me fui enterando que se pagaba más de 500 pesos e incluso se podía trabajar un poco menos. Un año antes yo no tenía esa información. Pero fui conociendo más gente y me enteré de que lo que ganaba era una miseria. Ahí me di cuenta que sí o sí tenía que cambiar mi forma de trabajo: ya no quería trabajar con cama adentro. Porque cuando trabajas con cama la gente se aprovecha más. Porque te dicen: “yo te doy la cama, la comida”, todo eso. Entonces yo decidí que no iba a trabajar más así. Cuando me salí de este trabajo, ahí sí que los dueños se enojaron. Empezaron a decir que yo era una aprendiz, que había aprendido todo de ellos. Fue muy feo porque me trataron mal. Yo les dije: “pagame lo que me debes, yo ya cumplí con mi trabajo hasta acá”. Ellos me ofrecieron 100 pesos más para que yo me quede. Pero yo me fui. Pero yo ya había conseguido otro trabajo que era de ocho de la mañana a seis de la tarde y ganaba 800 pesos.

¿También costuraban para marcas?

Sí, hacíamos todo lo que era mallas, ropa interior. De ahí me fui a otro taller con un argentino. Él me pagaba cada fin de semana 200 pesos. Ganaba 800 al mes y trabajaba de siete a seis de la tarde. Era el año 2006. Conocí a una amiga, por ese entonces, que me dijo que me fuera a vivir con ella. Fue un año de muchos cambios, porque yo ya me había decidido a dejar de trabajar con cama. Y esta amiga, que era la socia del dueño del centro educativo donde yo estudiaba, me dio una mano muy grande. Me bancó el primer

mes. Era como nuestra mamá. Yo me levantaba a la mañana y ella preparaba el desayuno y siempre me alentaba para cambiar de trabajo. Porque, lamentablemente, las relaciones de parentesco o de nacionalidad, hacen que los propios paisanos se aprovechen más. Y ella siempre me decía: “andate de ahí, vas a ir encontrando otros lugares”.

¿En el medio de eso había pasado lo de Luis Viale?

Sí, ahí paramos. Yo no habré trabajado por un par de meses. Estaba re-apretada. Pero yo sabía que iba a conseguir algo mejor. Los talleres habían parado porque había un montón de allanamientos. Entonces dejamos de trabajar. Al final yo fui a lo de este argentino hasta que me dijeron que había un lugar mejor y me fui para allá.

¿Todo esto te lo enterabas de boca en boca?

Sí, de boca en boca. Y yo iba cambiando porque quería hacer más cosas. Si no la vida se me iba en eso.

¿Seguías en el centro de formación?

Sí. Yo conocí mucha más gente ahí y entonces tenía la necesidad de trabajar menos horas para poder moverme, para hacer otras actividades, salir antes a la calle. Trabajar menos horas era muy importante. De lo del argentino me fui a trabajar para una coreana y ahí conocí a alguien que me dijo que necesitaban una overlockista y que yo era buena, que por qué no aprovechaba.

¿Overlock es un tipo de máquina?

Sí, es la máquina que tiene la cadenita. Entonces

nos fuimos con este chico que me pasó el dato ahí. Y cambió enormemente todo. Eran mucho menos horas de trabajo: de ocho de la mañana a cuatro de la tarde de lunes a viernes. Trabajaba para un argentino. La diferencia era que nos pagaban por producción. Hacíamos las prendas para la marca *Vitamina*. Sacaba por mes por lo menos 1500 pesos. A veces llegaba a 2000. Pero ahí me cambió la cabeza.

Tenías más tiempo y más plata...

Sí, aunque tenía que pagar el alquiler, mi comida, mis pasajes. Cuando yo trabajaba en provincia, el dueño se hacía cargo de mis pasajes. Ahí fue donde me saqué definitivamente el documento. Porque yo estaba *precaria*. El dueño me iba a poner en blanco. Pero justo vino la crisis y el taller cerró. Vitamina dejó de hacer la misma cantidad de prendas que antes, se redujo a la mitad. Entonces cerró el taller. Justo yo había quedado embarazada.

¿Y a Juan, tu compañero, y a los chicos de Simbiosis cómo los conociste?

Cuando yo estaba en el centro educativo conocí a los chicos que habían formado un centro cultural. Entonces ahí nos movíamos. Hacíamos actividades, nos reuníamos todos los fines de semana para ver qué íbamos a hacer. Empezamos con cosas chiquitas, por ejemplo el día de la madre boliviana, o pensar alguna actividad para el 6 de agosto que es el día de Bolivia. Nos íbamos organizando más que nada para eventos. Pero yo en Bolivia estaba acostumbrada a organizarme de otra manera.

¿Qué hacías allá?

Yo estaba en el Centro de Estudiantes de la facultad. Por eso el año que me vine para acá estaba recontra bajoneada. Me cerré mucho. No hablaba con nadie, no confiaba en nadie. Hasta tenía mi propio mundo. Escuchaba mi radio, buscaba las radios bolivianas, y no quería saber nada de nadie, ni hablar con nadie. Mediante la radio boliviana fue que llegué a estudiar en ese centro de estudios.

Entonces, en el centro cultural no se hacía otra cosa que conmemorar las fechas cívicas. Pero yo quería hacer otras cosas más con otros grupos de compañeros. Pero era muy difícil, había muchas cuestiones que nos imposibilitaban. Entonces yo empecé a buscar por otros lados, a escuchar otras organizaciones de la colectividad. Una vez me fui a una reunión en el Consulado donde me enteré que iba a haber un encuentro de varias organizaciones. Y ahí, en esa reunión, estaba el cónsul, el Gringo González, pero también había mucha gente malísima. Estaba por ejemplo Ayala con todo su grupo. Todos se echaban mierda entre sí. Se tiraban barro y se pasaban cuentas. Se quería hacer una actividad en conjunto, creo, si no mal recuerdo, para ayudar a la gente que se había inundado en el Beni. Pero ni bien llegamos, cuando empezó la reunión, todos se empezaron a tratar mal. Claro, entre ellos se conocían y yo no conocía a nadie. Entonces yo me paré y los mandé a rodar a todos y me fui muy decepcionada porque yo quería hacer algo y viéndolos a ellos me di cuenta que no se podía hacer nada. Entonces yo hablé con el Gringo González y le dije: “¿por qué no nos deja espacio a nosotros?”. Y él me dijo: “¿por qué no se organizan

entre los jóvenes y arman algo nuevo? Porque acá las organizaciones de mayores ya están mal. Pasaron de todo, hicieron de todo y agarraron todo lo malo”.

Entonces, en esa movida, de irme de un lado para otro, me conocí con este grupo de chicos. Fue en un festival de rock boliviano. A partir de allí nos fuimos conociendo de a poco y ahí también conocí a Juan, mi compañero.

¿Todavía no existía Simbiosis?

No, todavía no. Eso habrá sido allá por el 2007. Empezamos a juntarnos y a conversar para ver qué podíamos hacer para llamar la atención de la gente sobre lo que nos estaba pasando.

¿Ellos también estaban trabajando en talleres?

Había unos que sí, Juan por ejemplo. Otros no. Éramos fundamentalmente bolivianos e hijos de bolivianos. Chicos que habían sido traídos por sus papás desde niños y otros que nos vinimos desde jóvenes. Había una mezcla de todo ahí. Pero siempre saltaba la necesidad de empezar a hablar sobre nuestra problemática: cuáles son los problemas que atravesamos los inmigrantes, los jóvenes inmigrantes, las familias inmigrantes, el trabajo, la identidad... Pero no sabíamos cómo llamar la atención. Se estaba acercando la fecha de octubre y se nos ocurrió hacer algo acerca del “Octubre negro”: un ciclo de cine que queríamos aprovechar para hacer charlas. La cosa empezó por el “Octubre negro”, fue la primer charla, y después cada domingo se pasaba una película y hacíamos charlas.

¿Dónde lo hacían?

En la calle. Algunas veces en la pastoral, otras en la Plaza Flores, en Parque Avellaneda; donde podíamos lo hacíamos. En esas charlas fuimos conociendo más chicos. Y los invitábamos para ver si hacíamos algo. No queríamos armar una agrupación sino preguntarnos sobre la forma en que vivíamos y trabajábamos. Entonces nos reuníamos para planificar la próxima película y charla. Cuando terminó el ciclo nos seguimos reuniendo. Era algo que te iba llevando el cuerpo. Decíamos: “nos vemos el próximo sábado en Plaza Flores” y todo el mundo quería juntarse.

¿Vos laburabas en la semana y el fin de semana lo tenías libre para hacer estas actividades?

Sí. Incluso, yo le contaba todo a mi jefe, el argentino; a veces le pedía permiso para ir a hacer una invitación a una radio y él me dejaba. Aunque me advertía que iba a perder dinero porque trabajábamos por producción. Pero a mí me gustaba hacer esto, entonces me iba y después regresaba. Los fines de semana, yo salía de clase y me iba a reunir. El cuerpo me llevaba aunque no me haya citado con los chicos.

¿Con tus tíos no te viste más?

Muy raras veces, porque mi mundo ahora era este. Lentamente empecé a despertar y a abrir los ojos.

¿Todavía tenías el plan de volver a Bolivia?

Sí, todavía sí. Pero quería hacer algo mientras tanto. Como yo ya había conocido tanta gente en las radios y también a los chicos en el ciclo de cine, mi objetivo era pasarles todos los contactos que yo tenía. Que se

conozcan y empiecen a trabajar juntos. Para fines de 2007 terminamos el ciclo y en 2008 yo ya me iba a ir a Bolivia a seguir estudiando. Mientras juntaba algo de plata. A los dos meses nos fuimos a Bolivia con Juan. Pero no nos fuimos sólo nosotros sino que fuimos con otros seis compañeros del ciclo de cine. Como no teníamos nombre de grupo, nos decían a los que nos reuníamos en plaza Flores, “los chicos del ciclo de cine”. Se fue sumando mucha gente de distintas agrupaciones juveniles (el centro Jaime Escalante, los jóvenes originarios). Llegamos a ser 70 personas por fin de semana. Toda la Plaza Flores, a partir de las seis o siete de la tarde, estaba llena de nosotros. Y nosotros tomábamos la plaza. Era una cosa impresionante. Y como nosotros queríamos seguir haciendo más cosas, entonces recién ahí empezamos a querer armar el grupo. Entre los chicos del ciclo nos reuníamos aparte y decíamos: “por qué no nos empezamos a organizar”. Entonces, empezamos a buscar un nombre y organizarnos.

Se fueron a Bolivia juntos y después empezaron a trabajar como grupo...

Nos fuimos con la idea de conocer otras organizaciones para ir trabajando cosas en conjunto: lo que nosotros hacíamos acá y lo que ellos hacían allá. Nos movimos por todos lados y vimos un montón de organizaciones, en la ciudad, y también organizaciones campesinas. Yo originalmente tenía la idea de quedarme. Pero en ese trajín, además de que se me iba la plata, empecé a sentir la necesidad de regresar. Y ya vine con otra idea. Me cambió la cabeza por completo. Ya no se trataba de irme y terminar de estudiar,

sino de seguir haciendo algo. Y aquí yo ya había comenzado a hacer algo. Y los chicos me convencieron. No podíamos dejar todo lo que estábamos haciendo así como así. Y más con los contactos que íbamos haciendo. La gente de allá estaba esperanzada de que aquí también se iba a empezar a hacer algo. Entonces decidí venirme. Al poco tiempo me junté con Juan.

¿Y dónde laburabas cuando volviste?

En el mismo lugar, en lo del argentino. La vuelta se me hizo mucho más fácil porque ya tenía algo armado. Tenía donde trabajar, donde vivir, mi hermano se había quedado trabajando y tenía casa donde parar, y sobre todo ya tenía un grupo de compañeros con los cuales compartir algo. Ya no era como antes que me sentía sola, sin saber dónde estaba. Me vine más tranquila y más segura.

A partir de ahí, cada vez hicimos más cosas. Vinimos con nuevas ideas de Bolivia y mucha gente se nos fue acercando. Ya éramos otros. Entonces seguimos haciendo actividades pero contando las cosas que pasaban en Bolivia y pensando qué haríamos nosotros acá frente a lo que sucedía allá. Discutíamos mucho: la masacre de Cochabamba, lo que pasó en Pando y Santa Cruz, de qué manera se iba llevando el proceso de cambio en Bolivia... Y entre todo eso, también hablábamos de la cuestión del trabajo entre nosotros y también la inmigración.

¿Cuándo quedaste embarazada seguías laburando en el taller?

Sí, seguía. Habré trabajado hasta los seis o siete meses de embarazo ahí. Cuando ya tenía la panza

enorme ya no podía ir. Me quedaba muy lejos. Era un viaje de una hora y media. Era mucho. Entonces, dejé de trabajar y empecé a trabajar aparte, sola en la casa de mi suegra. Trabajaba para un fabricante que me daba cortes sencillos para hacer y yo sola los hacía. Trabajé en eso como unos ocho meses y después empecé a trabajar en una cooperativa, de la agrupación en Flores que se llamaba Red de Barrios. Ahí trabajaba también de ocho a cuatro. Esa cooperativa hacía guardapolvos para el gobierno de la nación.

¿Te pagaban bien ahí?

Sí, tenía un sueldo fijo de unos 2000 pesos por mes.

¿Esto fue en el año 2009?

Sí. Para ese entonces sólo estaba esperando que me salga el documento. Tenía primero la residencia precaria, luego el documento temporal. Estaba esperando el permanente que me salió recién en enero de 2010. Y cuando tuve mi documento me vine a trabajar a esta fábrica grande de Chacarita. Me vine de una y me tomaron. Yo sabía que existía porque mi cuñado trabajaba acá.

¿Era grande la cooperativa? ¿Por qué te fuiste?

No, éramos cinco o seis personas. Me fui porque tardaban mucho en pagarme. El gobierno tardaba en mandar la plata. Si no fuera por eso yo seguía. Entonces decidí venirme acá que sabía que era en un trabajo en blanco. Desde hace siete meses estoy trabajando acá y pagan relativamente bien. El horario es de siete a cuatro y media.

¿Esperabas el embarazo?

No (risas).

El taller y la clínica: una maquinaria articulada

Entrevista a Geraldine

¿En qué momento de tu vida estabas cuando te quisiste venir y por qué te quisiste venir para Argentina?

Bueno, yo estaba estudiando Bellas Artes, estaba en tercer año, entrando a la especialización. Pero allí es muy caro, estudiar arte es muy caro. También trabajaba. Llegó un punto en el que ya no podía sostener las dos cosas. O estudiaba o trabajaba. Y como si sólo estudiaba no me podía mantener, entonces tuve que decidir trabajar, nada más. Y como no quería seguir postergando mis estudios, mi tía, que vivía aquí desde hacía bastante tiempo, me dijo que aquí la situación estaba bien y se podían hacer las dos cosas.

¿En qué año?

¿Era el 2008? 2007.

¿Dónde vivías antes?

Vivía en Villa Fátima, en La Paz. Y bueno, como ya la situación apretaba tanto ahí, porque por más que trabajaba porque había dejado medio año y me dediqué sólo a trabajar, ni así ganaba lo suficiente, y

me pesaba mucho dejar mis estudios, entonces me vine. A intentar suerte.

Obviamente sabía que tenía primero que trabajar para empezar a estudiar aquí. Entonces, empecé a trabajar en las cosas que podía, muy pocas. Hice volanteo unos dos o tres días, ayudaba a mi tía, que es odontóloga, en el consultorio (yo allá en Bolivia trabajaba de eso, también, había trabajado un par de veces). Y al final, conseguí trabajo en una clínica, de secretaria. Ese era ya un trabajo más estable.

¿Qué tipo de clínica? ¿Cómo la conociste?

Una clínica de consultorios pequeños, de pocas especialidades; tenían dos especialidades o tres y ya la nombraban como clínica, como que eso le da más credibilidad, para no decir consultorios externos. En el que yo trabajaba era pequeño, era parte de una red de consultorios, se podría decir, porque el dueño tiene tres o cuatro consultorios en Buenos Aires.

Son consultorios privados...

Son privados, son de doctores bolivianos.

¿Es como una clínica boliviana?

Sí, son clínicas bolivianas.

¿Bolivianas porque es de bolivianos, o bolivianas porque es para bolivianos? ¿O las dos cosas?

En la que yo trabajaba porque era de dueños bolivianos y casi en un inicio son exclusivamente para bolivianos. En un inicio. Después ya como que son conocidos en el barrio y empiezan a atender pacientes argentinos.

O sea, es una clínica abierta; si yo quiero me puedo atender...

Es una clínica abierta. Pero, en su gran mayoría, tienen pacientes bolivianos. Cuando se hacen demasiado conocidos en el barrio, parece que recién les agarra confianza y van argentinos y los atienden.

¿No es un lugar público, no es un lugar visible desde la calle?

Sí, sí, es. Hay muchos que no, hay muchos que son una puertita que difícilmente te enteras de que es un consultorio.

¿Entonces cómo se entera la gente de que es un consultorio?

Por conocidos, generalmente por conocidos en el trabajo. Que conocen a un médico que trabaja ahí.

¿Pero es legal o no es legal?

Y... es... En el que yo trabajaba era legal a medias (risas). Porque el dueño de la clínica –como te decía, es una red de clínicas– tiene como tres. Él, por tener matrícula legalizada aquí en Buenos Aires podía ejercer como médico. La mayoría de sus médicos, de sus trabajadores médicos, no tenían matrícula legal.

¿Eran bolivianos?

Eran bolivianos. Todos eran bolivianos. Y no tenían matrícula.

¿Pero qué eran? ¿Estudiantes?

No, eran médicos ya egresados en Bolivia pero

que aquí no pueden sacar la matrícula o les es muy difícil. Hay muchos que recién llegan, igual, vienen a ejercer. Hay muchos que *dicen* que son médicos y vienen a ejercer. Pero bueno, se ve de todo.

¿Vos te enteraste por conocidos y empezaste a trabajar?

Sí, porque mi tía trabajaba con este doctor en una de sus clínicas. Como necesitaban una secretaria, me llevaron a mí.

¿Y qué trabajo hacías ahí?

Supuestamente era recepcionista y secretaria. Me encargaba de la recepción y las fichas médicas y todo eso. Pero bueno, al final me encargaba de todo, de limpieza, de todos los consultorios, de todo lo que es clínica: asistente dental, asistente del médico, administrativa, pagaba los sueldos, pagaba todo.

Todos los sueldos se pagaban en negro...

En negro, todo en negro.

¿Y qué especialidades tiene esta clínica en donde vos trabajabas?

En la que yo trabajaba tenía odontología, médico clínico, fonoaudiología sólo esas. Odontología era el fuerte. La mayoría empieza como consultorio odontológico.

¿Cuál es el público que se atiende?

Es, obviamente, de la colectividad boliviana, gente que trabaja en los talleres; mucha gente que trabaja en los talleres. Talleristas también. Son los que

primero asisten, en realidad. Y después asisten sus costureros, sus empleados. Después, la gente que trabaja en verdulerías, muy poca. La mayoría es gente que trabaja en costura.

¿Por qué, por ejemplo, una persona que trabaja en verdulería o en construcción preferiría ir a estas clínicas y no a una clínica pública o privada argentina?

La mayoría dice que es por el miedo que tienen del documento, porque no tienen documento. Yo creo que es por eso que también hay mucho paciente de costura que es paciente de esas clínicas. Muchos ni siquiera tienen su DNI o muchos incluso no tienen su cédula, porque el dueño del taller se las retiene. Y como en la clínica en la que yo trabajaba no se pide nada. Te anotan los datos pero nada que verifique, ni siquiera tu cédula de Bolivia, ni menos tu DNI de acá.

¿Quién paga la consulta cuando el paciente es un costurero?

El tallerista.

¿El tallerista lleva a los costureros?

El tallerista viene primero a hacer atender a su familia o a hacerse atender él mismo. Viene, conoce la clínica, las especialidades, empieza a conocer al médico, a todos ellos, y después como que agarra mucha confianza y empieza a traer a la gente. Y te dice: –Voy a traer a una prima, que está mal. Y cuando empiezan a traer a sus supuestas primas te das cuenta de que no tienen ningún tipo de parentesco. Vienen y las hacen atender. Pero las hacen atender en casos de que están muy mal.

¿Mal de qué?

Si es odontología, en casos de dolor extremo. En casos de que ya es pulmonía muy avanzada, tuberculosis muy avanzada y ellos no saben qué es, los traen.

¿Hay médicos para atender tuberculosis?

Vienen al médico clínico. En la que yo trabajaba venían donde el médico clínico. Pero generalmente, aunque lo haya, la clínica lo deriva al hospital, directamente lo deriva. Le dice qué tiene pero lo deriva. Y de ahí ya, si se sabe la suerte del paciente, es muy difícil. Porque después no es extraño que vuelva el mismo dueño del taller y te diga: –Bueeno. A mí me pasó eso, escuché recién, vino y dijo que se había muerto el paciente que había traído hace una semana atrás y que iba a traer a los demás.

¿Los demás quiénes son?

A los demás costureros, para hacerles los análisis, para ver si todos también estaban enfermos o no.

Es decir que el dueño del taller se hace cargo de hacer el acuerdo con la clínica, pagar y traer a sus costureros.

Sí, indirectamente lo hace, porque viene y te dice: –Ah, voy a traer a mi prima, voy a traer a mi amigo, muy pocos te dicen a mi trabajador, pero se nota que viene y espera afuera, y bueno. Pero es en casos extremos, en casos en que realmente está demasiado enfermo o demasiado enferma y se nota...

Y si no...

En otros casos es cuando el costurero ya viene en

su poco tiempo de almuerzo, por su cuenta, pero se nota que es casi escapándose del trabajo, porque sacan turno y hay veces que ni vuelven, o se les da un tratamiento y no lo terminan.

¿Y el caso de tuberculosis está ligado al taller?

La mayoría sí, casi totalmente sí. Creo que no ningún caso de tuberculosis en gente que no haya trabajado en un taller.

Los médicos cuando atienden a los trabajadores costureros, por más que se presenten como primos o como sobrinos, generalmente sí saben que está atendiendo a un trabajador y saben más o menos en qué condiciones trabaja, ¿verdad?

Sí, se dan cuenta, porque los mismos médicos me comentaban que ya no les decían al paciente “alimentate bien, tomá ciertos medicamentos para que se te pase alguno de los síntomas, controlá la tuberculosis, o alguna enfermedad”, porque ellos nos decían “si sabemos que ellos no comen bien, no viven bien, y es más, sólo si pueden, duermen”. Entonces como que algunos decían que se resignaban y ya no les aconsejaban a los costureros. Les decían “bueno, sí, cuidate”, porque conocían las condiciones en que trabajaban.

Ahora, los médicos, ¿cómo creés vos que podían elaborar esa situación? Porque de alguna manera es un nivel de complicidad muy alto con alguien que está arruinando su salud, ¿no?

Claro, y eso ni qué decir los casos peores, no sólo tuberculosis, sino los abortos, que ya se sabe

cuándo son violaciones, y las chicas les cuentan a los médicos. Y la complicidad es máxima porque saben de dónde viene la violación y no dicen nada. Según lo que me contaban los médicos, era eso: resignados en que no pueden hacer nada y que bueno, es así, y les gusta trabajar así y bueno.

O sea que ahí se practican abortos también...

Se practicaban abortos.

¿Y eso también lo paga el tallerista?

En los casos de violación, a veces sí.

Y en el caso de las y los menores, ¿también los llevan?

Con los talleristas yo vi muy poco, pero decían que sí. La otra enfermera me contaba que sí. Pero yo la verdad, vi muy poquito de jóvenes muy jovencitos que los hayan traído los dueños del taller. Venían por sí solas, en realidad, a tratar de hacerse el aborto. Que les receten las pastillas, porque ahora ya ni es necesario.

¿Tenés alguna idea de cuántas clínicas de estas puede haber?

Muchas, muchísimas, muchísimas, muchísimas. Muchas gente se va a provincia. Cuando en Capital ya les han venido, y les han controlado, les han dado la multa por hacerle el control de sanidad, y todo lo demás, y de las matrículas de los médicos, se van a provincia, para no tener que pagar nada.

¿Y los médicos bolivianos vienen porque ya saben

que están estas clínicas o cómo es que hay tantos médicos bolivianos acá sin matrícula?, ¿vienen sabiendo que pueden trabajar igual?

Es relativo, porque hay muchos que te dicen que han venido a hacer algunos cursos y que bueno, tienen que trabajar, y empiezan a trabajar en esto. Pero yo creo que con el tiempo, ya, por la cantidad que hay de médicos y de gente que se postula para acceder a las matrículas es que ya se está formando un sistema: se sabe que se puede venir a trabajar aquí, y a trabajar en estas clínicas. Y que te van a aceptar, tengas o no matrícula. Incluso hayas o no hayas egresado.

¿En Bolivia hay algo parecido a esto?

Hay algo similar, sí, consultorios pequeños, pero grandes casos, no.

O sea, son consultorios chiquitos pero legales...

Pero también hay ilegales, porque los que practican los abortos son los que están en las laderas.

Claro, pero eso es porque está prohibido el aborto y no porque esté asociado a un empleo clandestino.

No, no, como empleo clandestino, no. Porque les es más fácil sacar la matrícula y poner un consultorio chiquito. Legal, pero chiquito.

Me refiero a la asociación con los talleres textiles clandestinos...

Es que el sistema del taller y el sistema que hay en la clínica es tan parecido que a veces asusta.

¿En qué sentido?

¿En qué se parecen? Bueno, en que el sistema de las clínicas es igual: están subordinados a uno, un doctor o un grupo de doctores que tienen una matrícula y los otros que no. Entonces les pagan la cantidad que ellos quieren, el porcentaje que quieren darles. Y bueno, también que está tan vinculado con el taller, que puede tapar tantas cosas, sin importar lo que sea. Y a pesar de eso, se sienten tan diferentes y tan superiores que el taller no les afecta, a los médicos no les afecta. Es un caso ajeno. Es más, es un caso al que ellos no quieren vincularse, porque dicen que son muy ajenos a ellos, que no les importa. ¡Siendo tan parecidos!

Las clínicas son parte del engranaje del sistema del taller...

Sí, una muestra más. Y está tan articulado con el mismo taller..., porque también depende de él. Porque si no hubiera taller, si no hubiera costureros, la clínica tendría que basarse en pocos pacientes de la colectividad y muchísimos menos de los argentinos, lo cual es muy poco...

El taller y la fábrica: conveniencias y diferencias

Entrevista a René

¿En el taller hacen contratos?

En ningún taller, es todo de palabra.

¿Y cuando traen a alguien de las comunidades, tampoco hay contrato?

En ciertas instancias por ahí sí. Por ahí porque tienen un poco de conocimiento, o sólo para la instancia de Bolivia. Porque, al cruzar la frontera nomás ya están violando tus derechos, ya al sustraerte la documentación.

Esta economía del taller funciona más o menos a escala masiva desde hace unos diez años, después de la crisis y la devaluación... Es decir, hay un acumulado muy fuerte de experiencias como para que en Bolivia no se sepa cuál es la condición de trabajo acá. ¿Cómo explicas que la gente sigue viniendo? ¿Sigue siendo conveniente aún venir a trabajar a estos talleres?

Sí, hasta el día de hoy. Hoy en día en Bolivia está pasando esto que pasa acá, sigue la precarización.

Aunque también se está yendo mucha gente de acá, con sus máquinas. Se van a Bolivia a hacer lo mismo que hacen acá, se llevan sus máquinas y quieren depender de un empresario grande, pero allá no hay, porque no hay grandes fábricas. Y qué pasa, el trabajador quiere trabajar, el empresario quiere trabajar... Qué pasa, si acá nosotros empezamos a concientizar, que el microempresario sea un buen microempresario, para eso tiene que capacitarse y el estado tiene que poner un método de capacitación.

Cuando hablás de microempresario, ¿de cuántas máquinas hablás?

Entre cinco y diez. Con cinco máquinas ya tienes un microempresario. Hay que poner las normas, formarse, y nosotros tenemos que impulsar hacia eso, hacia la organización. Y si tienen que pagar en blanco, que paguen en blanco.

¿Qué se cuenta en Bolivia de la experiencia de trabajo de costura de aquí?

La mayoría no lo cuenta. Es difícil. Uno viene a trabajar acá, a ganar su dinero, y luego el que se va allá con un poco de dinero es un explotador más, allá. Hay quienes han trabajado mucho, que se han roto el lomo acá y terminan allá así, haciendo lo mismo.

Hay un trabajo por hacer de los estados, y quienes tenemos que programarlo somos nosotros. El estado, los gobiernos, de Bolivia y Argentina, tienen que solucionar estas cosas, pero quienes tenemos que reclamar somos nosotros. Hace muchos años, antes de que entre Evo Morales, el gas

se regalaba a la Argentina, a centavitos regalamos el gas, la mano de obra, ahora necesitamos que nos puedan devolver un derecho que nos corresponde... La integración latinoamericana tiene que verse en estos casos...

De los trabajos que tuviste acá, ¿es mejor el de la fábrica en la que ahora estás, al ser más grande que los otros talleres? ¿Sentís que es un mejor trabajo?

En el año 2006, antes del incendio de Viale, vine a trabajar y me han tratado como animal, porque me querían descontar el sueldo que me habían prometido, que era por hora. Discutí, discutí, hasta que lograron pagarme eso, un mes y medio después. En ese trabajo participaban más de 150 personas, y desde ese entonces hasta el día de hoy estoy trabajando en negro, por el tema del DNI, porque no pueden aceptarme con la Precaria. Yo les digo a los otros compañeros de otras fábricas que empiecen a capacitarse, a organizarse, buscando sus derechos.

¿Y hay alguna diferencia en términos de producción, entre cómo se trabaja en un taller y cómo en una fábrica?

Yo te diría que la explotación es mayor en las fábricas que en los talleres. Porque te exigen más, y en el trabajo en negro en un taller si faltas un día te descuentan ese día de paga, y en cambio en las fábricas, en blanco, si faltas un día te descuentan ese día más los premios del mes, e inclusive te pueden echar. Acá en la fábrica, por una u otra razón te descuentan y al fin de mes llegas sin dinero.

¿Cuántas horas se trabajan?

Los turnos son de 9 horas. Para pagar no toman en cuenta los diez minutos de descanso o la media hora que nos dan. Es un trabajo muy arduo, y es por productividad, por cantidad de prendas. Funcionan los plus que te dan, siempre en negro. Y en otras fábricas lo mismo, porcentajes por producción.

Pero si entiendo bien, ¿vos decís que de alguna manera el régimen de trabajo en un taller en negro es mejor que el de las fábricas en blanco?

Es diferente en términos de salario, sí, pero en los talleres trabajas muchas horas. En blanco trabajas ocho o nueve horas.

Yo digo que es por esto que los compañeros que trabajan precarizados en un taller no quieren pasar a estar en blanco. Porque si hablamos de aportes jubilatorios, hablamos de la participación del trabajador, de la categorización, de todo ese tipo de cosas, pero los encargados, supervisores, etc., se creen dueños de la fábrica, te tratan como te trata un empresario. Inclusive un compañero me dijo el otro día que una delegada sindical le dijo que los bolivianos comen mucho picante, y que tienen olor, yo un poco le doy la razón a la delegada porque hay muchos bolivianos así. Está bien, hay normas, en todos lados, en el mismo hogar uno tiene normas, y hay que ser limpios ¡pero en la fábrica hay una o dos duchas para 400 trabajadores! ¿Cómo vas a decir eso sabiendo que hay dos duchas para tanta gente? Hay algo que tiene que hacer la delegada, con respecto a la conciencia del trabajador, que sea limpio, que sea honesto, pero si no hay ese tipo de información cómo vas a hacer...

Y también nos compete a nosotros mismos el tema de la información, la concientización, las normas. Yo empecé a trabajar en radio, para hacer ese trabajo, hay que educar y concientizar a los trabajadores, empezar a formar, la integración familiar, hay que hacer un trabajo en la colectividad. Hay niños que no ven a su papá porque éste trabaja todo el día y el día libre, el sábado, sale a divertirse, bebe, y llega tarde a la casa y se levanta el domingo tarde, y no ve a sus niños. Eso es lo que hace el sistema y eso es lo que a veces no pensamos y es lo que tenemos que también cambiar, organizándonos.

Ahora, hay muchos trabajadores que no saben de sus derechos. Y los sindicatos son quienes tendrían que dar a conocer los derechos a los trabajadores migrantes, pero como no hay una organización de trabajadores migrantes. Tenemos que llevar la voz, porque en la colectividad hay elementos. En la misma colectividad hay organizaciones que están corrompidas, también pasa eso en otras comunidades, organizaciones que buscan el oportunismo, el caudillismo. Por ejemplo esas organizaciones se han aprovechado del programa de documentación Patria Grande, que para mí es un desastre porque ha sido administrado por ellos y así han generado dinero, han sumado gente a su comedor y todas las organizaciones de migrantes han aprovechado para sumar gente a sus estructuras.

Manifiesto ch'ixi

Existe un mundo ch'ixi; es decir, algo que es y que no es a la vez, un gris heterogéneo, una mezcla abigarrada entre el blanco y negro, contrarios entre sí y a la vez complementarios.

Es así como nuestras ciudades se han ido deformando y formando en mixturas irreverentes, ya que intentan todo el tiempo liberarse de los esquemas de lo que quiere decir ser una ciudad, un país o una sociedad, más aun cuando la sociedad que marcan que sigamos, está diseñada para mantener un status. Es por eso que las expresiones culturales se han convertido en el grito de guerra de estas necesidades, para romper estos esquemas en sus entornos.

Donde la migración es señalada como un fenómeno dependiente de limitaciones territoriales, no se tiene en cuenta que el sentir migrante es el sentirse ajeno, ajeno a esos esquemas, pero a la vez estos sentimientos nos hacen similares y el reconocernos implica el punto de partida para querer intervenir en esos esquemas.

Es la migración la que nos permite enriquecer estas nuevas construcciones ya que aportan con su particularidad, más enfoques y experiencias.

Es por esto que hemos decidido mezclarnos más, tomar esta ciudad y llenarla de estas mixturas de sentimientos ajenos y transformadores, con ayuda de las expresiones culturales en las cuales nos encontramos y reconocemos.

Esos son nuestros gritos de guerra, hechos de miles de voces, en nuestra música, nuestros colores, en nuestras letras, en los cuentos transmitidos de generación en generación, nuestra forma de vida y subsistencia. Nuestra resistencia.

Nos declaramos ch'ixi porque no nos vemos encasillados, porque le queremos huir a esa necesidad básica que te encuadra.

Somos mucho más que ello.

Somos mucho más que ese molde.
¡¡¡ROMPÁMOSLO!!!

Editorial Retazos

editorialretazos.blogspot.com

Se junta la tela, se la corta y se desechan los sobrantes, los que ya no sirven, quienes no entraron en esos moldes de quienes diseñan y cortan. Están allí en una bolsa en medio de la vereda, uno arriba de otro, con las cicatrices abiertas aún, mientras que, quienes se metieron o aceptaron estar dentro de esos moldes están en pleno proceso de confección, en una cadena que funciona así desde hace mucho en un modelo que excluye, explota e impone.

Allí encontramos a estos retazos, excluidos o exiliados, en la vereda.

Pero resulta que no dejan de ser parte de ese todo.

Ahora esos retazos encontraron distintas formas de no sentirse sólo eso, sino también se propusieron formar entre todos ellos, los excluidos, los exiliados, un todo.

Un todo que a diferencia de otros todos, incluya, contenga y fortalezca a los demás retazos. A esos demás retazos de vida, de sueños, ilusiones, frustraciones, anhelos, rebeldías y luchas.

Ahora los retazos estamos dispuestos a crear muchos más completos para vencer a este molde.
¡Romper el molde para terminar con este modelo!

Tinta Limón Ediciones

tintalimon.com.ar

Tinta Limón Ediciones es una iniciativa editorial colectiva y autogestionada. Una apuesta por aquellos textos que exigen un esfuerzo encendido para ser inteligibles. Si la tinta limón fue uno de los modos de la escritura clandestina, volvemos a requerir de ella con una exigencia contemporánea: la de escapar de lo obvio y orientar el pensamiento en la labor cotidiana de forjar experiencias de construcción.

Una nueva clandestinidad, entonces, para evadir nuevas prisiones: aquellas que nos recluyen en la banalización de lo que hasta ayer fueron instrumentos de lucha, en la destrucción de lo común y en la normalización de nuestras vidas. La tinta limón reclama siempre un trabajo de visibilización: aquel que hace emerger una narrativa política, un tejido de nociones, y un movimiento del pensamiento que crea nuevos lenguajes para nuevas prácticas. Que nombra lo que hasta entonces no tenía palabra.

Otros títulos de esta serie

*Las nuevas fronteras.
Una entrevista con el subcomandante Marcos.*
Colectivo El Kilombo Intergaláctico, 2008.

*Inquietudes en el impasse.
Dilemas políticos del presente.*
Colectivo Situaciones, 2009.

*Ch'ixinakax utxiwa.
Una reflexión sobre prácticas y discursos
descolonizadores.*
Silvia Rivera Cusicanqui, 2010.

